

# el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

**LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO:** la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

el proletario

Nº 3

Noviembre de 2013

Suplemento a

«el programa comunista» Nº50

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF; 1'5£ /  
América del Norte: US \$ 2 / América  
Latina: US \$ 1'5

## Del 15 de Mayo al 25 de Abril

*Desde que en el año 2010 la llamada Primavera Árabe prendiese como la pólvora en la zona norte de África, sobre todo en los países bañados por el mar Mediterráneo pero también en algunos otros como Yemen donde las protestas han convulsionado el régimen político y social hasta el punto de provocar una auténtica sublevación social, la rebelión y las protestas callejeras se han convertido en una parte del paisaje que diariamente muestran los medios de comunicación en todo el mundo. Túnez en primer lugar, Egipto de manera continuada a lo largo de estos tres años y, hoy en día, Turquía, Brasil y de nuevo Egipto, han visto aparecer estallidos sociales de una magnitud considerable. En esta serie cuyo último caso sin duda no ha aparecido todavía España ha tenido un papel muy destacado. Fue en Madrid donde la protesta saltó el mar Mediterráneo y traspasó las fronteras de un país considerado desarrollado y*

*democráticamente civilizado en todos los sentidos, parte del exclusivo grupo de potencias mundiales en el terreno económico, político y militar. Sin duda alguna, un imperalismo de primer orden se vio convulsionado a partir del 15 de mayo del 2011 por una serie de manifestaciones y de protestas callejeras, provocadas por la tensión social que se venía acumulando desde que la crisis capitalista mundial golpease con especial violencia este trozo de Europa. Para los comunistas revolucionarios estos fenómenos deben ser estudiados con el rigor teórico que nos confiere nuestra doctrina marxista para lograr así mantener nuestra posición de defensa intransigente de los principios de la revolución proletaria frente a las convulsiones que aparentemente renovarían el mundo cada dos días y requerirían una renovación radical de la teoría comunista que la redujese a mera com- (sigue en pág. 2)*

### Accidente ferroviario en la línea Madrid-Ferrol A alta velocidad hacia la muerte

78 muertos y 168 heridos de un total de 246 pasajeros. Ese ha sido el balance del accidente de tren de la línea Madrid a Ferrol que tuvo lugar el pasado 24 de julio, un día antes de la festividad de Santiago Apóstol, patrón de la ciudad de destino y causa de que el tren fuese con un número tan elevado de pasajeros. Ahora todos los periódicos y programas de televisión, todos los espe-

cialistas en ingeniería ferroviaria y de telecomunicaciones y todos los expertos en debate político, discuten durante horas y horas acerca de cómo ha sido posible que esta tragedia haya tenido lugar, precisamente en España y, exactamente, en temporada alta de turistas, es decir, justo cuando menos debería haber sucedido. Pero las discusiones se prolongarán tanto como el proceso

judicial, se encamine este a culpar al maquinista del tren siniestrado o a algún otro elemento aledaño al accidente, y, con toda probabilidad, la repuesta será «las catástrofes suceden». Toda la lógica técnica y todas las disposiciones políticas no alcanzarán otra repuesta que este lugar común que pesará como una losa sobre las víctimas y no evitará de ninguna manera que este tipo de accidentes vuelvan a repetirse una y otra vez.

(sigue en pág. 5)

### ¿Dónde está Nin?

El pasado 17 de junio se celebró, en un salón de actos del Parlamento de Cataluña, un homenaje a Andrés Nin. Toda la izquierda y la extrema izquierda, parlamentaria y extraparlamentaria, de Esquerra Republicana de Catalunya al Partido Obrero Socialista Internacional, se han unido a este aquelarre para «reparar» la memoria del revolucionario

al que ahora llaman «líder de la izquierda social» y buscar un entendimiento en torno a una nueva interpretación de la historia que aúne a todas las corrientes políticas en una única visión común acerca de los hechos que sacudieron Catalunya y España hace setenta años. De

(sigue en pág. 7)

#### EN ESTE NÚMERO

- Sobre nuestro trabajo de partido en los organismos inmediatos.
- Huelga General en Portugal.
- Corrupción, desfalco, nepotismo son consecuencias del capitalismo y solo desaparecerán cuando este sea borrado de la faz de la tierra por el proletariado,

# Del 15 de Mayo al 25 de Abril

*parsa del movimiento. Lejos de ello, estos movimientos forman parte del convulso y confuso mundo de las contradicciones sociales y de los enfrentamientos entre las clases y el partido comunista interviene en ellos para postular, en cada ocasión, la necesidad de mantener la invariancia histórica de nuestro programa y la necesidad de la revolución comunista.*

(viene de la pág. 1)

## LA CRISIS QUE NO CESA

España ha resultado ser uno de los países más vulnerables a los efectos de la crisis capitalista. Seguramente porque buena parte de las causas inmediatas de esta se venían radicando en aquí desde hacía años. De la misma manera, la crisis social que encontró su visualización más nítida con el estallido del 15 de mayo también se encontraba larvada en la sociedad española y los síntomas de ella se aparecían ya como una premonición desde hacía tiempo.

¿Cuáles han sido las causas del movimiento que comenzó el 15 de mayo? Nuestro partido lo ha dicho y lo ha repetido en su prensa en lengua castellana y en su prensa internacional en numerosas ocasiones (*El Programa Comunista*, n° 49, septiembre de 2011): la pauperización de la pequeña burguesía, especialmente de los sectores más débiles de esta, y su amenaza de proletarización, sentida como algo muy intenso y próximo. Han sido las clases medias, duramente afectadas por la crisis, las que han capitaneado el movimiento en la calle y en las instituciones y lo han hecho en defensa del status quo existente.

Pero, ¿en qué ha consistido exactamente este empobrecimiento de la pequeña burguesía?

La clase pequeño burguesa se distingue claramente de la burguesía en que la posición que ocupa en la sociedad dividida en clases está ligada no tanto al peso histórico del gran capital, de la producción industrial a gran escala que predomina hoy como fuerza económica de primer rango en todo el mundo, como a los resabios de la fase mercantilista del desarrollo capitalista que subsisten, siempre, en los países más desarrollados y en aquellos que se consideran en vías de desarrollo. Además, existen toda una serie de oficios que son vitales en el mundo capitalista y que son desempeñados por un estrato social que no es el proletariado, pese a que existan bajo el dominio del régimen salarial, y que participa directamente de la gestión de la producción, de la distribución y en la gestión administrativa de los aparatos sociales, políticos, sindicales y militares para el control social.

De esta manera, al pequeño comerciante, al tendero, al artesano, se unen los técnicos o los profesionales (y los técnicos y profesionales en ciernes que son los estudiantes) para conformar un estrato social (mejor dicho, una semi clase) que vive a expensas de la explotación del proletariado, de la extracción de plusvalía en el proceso productivo, pero que no participa en la propiedad de los medios de producción a gran escala ni en toda la producción.

Esta semi clase existe sometida a las necesidades de la burguesía. Sus negocios dependen de la marcha de la economía nacional, sintética expresión de los intereses de clase de esta, su participación en el proceso productivo como gestores o supervisores cualificados requiere de la rentabilidad del capital que se logra mediante el incremento del beneficio capitalista y su participación en la formación para constituir los futuros comerciantes o técnicos del mañana de las necesidades que la misma burguesía tiene de elementos formados que orientan la marcha de los negocios. Por otra parte su subsistencia se encuentra ligada, de manera muy clara en España, a la existencia de la propiedad inmobiliaria, fruto de la inversión del pequeño capital que poseen, como garantía de su estabilidad, de tal manera que las fluctuaciones del crédito y de los tipos de interés, variables condicionadas a su vez por la rentabilidad del capital, determinan la posibilidad o la imposibilidad de esta semi clase para mantener su posición social sin grandes altibajos.

La crisis capitalista ha pasado por estos estratos intermedios como un huracán. Les ha golpeado antes y, en ciertos momentos, con más fuerza que al proletariado. Este, que encuentra su suerte ligada al salario, ha podido sobrevivir durante un tiempo en una situación quizá algo mejor debido a la inercia que los amortiguadores sociales, que garantizaban este salario al menos de manera indirecta, han mostrado a lo largo del primer ciclo de la debacle económica. La pequeña burguesía, no. Su supervivencia se basa en su subsidiariedad del capital financiero (ensamblaje, en los términos que utiliza Lenin en *«El Imperialismo, fase superior del capitalismo»* entre el capital bancario y el capital industrial) (Lenin,

*Obras Completas, tomo V, Ediciones Progreso, Moscú 1973*) Una vez este ha entrado en crisis al no poder soportar la caída de la tasa de beneficio, comienza con los ataques a los salarios obreros y a los puestos de trabajo e, inmediatamente después o contemporáneamente, arrastra en primer lugar a los estratos intermedios ligados a la producción accesoria y a la distribución de los productos. En la competencia que libra diariamente con la clase burguesa, la pequeña burguesía siempre lleva las de perder y eso se ha mostrado claramente a lo largo de los últimos años en España y en todo el mundo: cierres de negocio, quiebras de pequeños establecimientos, despidos de los cuadros intermedios en las grandes empresas... el beneficio dicta la liquidación de los gastos superfluos para mantenerse a flote y la concentración empresarial que lucha de esta manera en la competencia que libra entre sí, a escala nacional e internacional, la burguesía suprime las fuentes de ingresos de las «clases medias», como son definidas por los burgueses estos estratos sociales que se encuentran entre la clase del proletariado y la clase dominante burguesa, dándoles, terminológicamente, una suerte de personalidad social y social histórica que, de hecho, no poseen.

Este hecho no es nuevo en la historia del mundo capitalista. Marx y Engels lo analizaron magistralmente en el periodo que cubren sus obras *«La lucha de clases en Francia»* y *«El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte»* y, ya antes, habían liquidado cualquier ilusión de evitar esta situación en el *Manifiesto del Partido Comunista*. Nuestro partido también ha fijado puntos de referencia muy claros sobre situaciones similares a lo largo de su existencia. El periodo abierto por la explosión del 68 francés ha sido glosado en numerosos trabajos disponibles en lengua francesa e italiana (*La misera fine dei fine sessantoteschi, Reprint Il Comunista, Diciembre de 2012*) Un estudio atento de la manera que el marxismo revolucionario ha afrontado estas situaciones recurrentes en momentos de crisis revelará que la reacción de las «clases medias», enfrentadas a su terrible destino, tampoco es algo nuevo.

## REBELIÓN E INDIGNACIÓN

La pequeña burguesía se enfrenta a su proletarización como consecuencia de la crisis capitalista. Privada, en parte o del todo, de sus recursos de subsis-

tencia material se encuentra abocada a una situación en la que su única salida es pasar a existir como proletarios, vendiendo su fuerza de trabajo en el mercado laboral y compitiendo con la clase obrera por unos medios de existencia cada vez más exiguos en la medida en que el salario pagado cada vez resulta menor. No es sólo la proletarización: es la proletarización en unos términos penosos.

Frente a ello, hoy también, estas clases medias se rebelan con toda la fuerza de la que disponen, pero esta rebelión suya no puede ser sino una rebelión conservadora, una protesta desesperada por mantener la situación previa a la crisis que les golpea con tanta fuerza y por evitar que la tensión social que esta hace emerger del subsuelo sea un factor de desequilibrio que les reduzca a una posición aún más débil.

La lucha de las clases medias es una lucha en defensa del estado de cosas existente o, sencillamente, por el retorno a una situación pasada. Realmente, su base es una confianza ciega en los derechos democráticos que la burguesía ha inscrito en sus constituciones y en los sistemas legales a través de los cuales domina a la clase proletaria. Una confianza sin límites en el sistema parlamentario, si bien este, desde su punto de vista deba ser remozado y fundado sobre las bases nuevas de una sedicente «democracia participativa» y en la negociación entre clases para lograr un bien común a todas. En todos los sentidos, pretenderían obtener mayores ventajas y beneficios sociales de la gran burguesía, reivindicando el papel de gobierno de la nación gracias al cual ejercitar con más eficacia la tarea de control social con funciones sobre todo anti proletarias y, al mismo tiempo, realizar un control social más eficaz (en realidad ilusorio) del mercado capitalista.

Por lo tanto la lucha de las clases medias se libra en dos ámbitos de manera simultánea. En primer lugar, contra la burguesía, a la que se culpa de los males ocurridos a su clase social y a la que se exigen soluciones, siempre desde una perspectiva puramente idealista, que identifica la crisis con el robo, el engaño o la corrupción (he aquí el sentido de la consigna «no es una crisis, es una estafa» tan cara a los líderes mediáticos del movimiento indignado) y que, con ello, refleja los límites de su capacidad para entender, desde un punto de vista histórico, la realidad de su existencia como clase social y la de la situación por la que pasa. Y esta lucha, que si bien resulta completamente ajena a la lucha histórica de la clase proletaria aparece como un revulsivo de rebelión en épocas de total ausencia de

la lucha de clase, tiene un reverso: la lucha contra el proletariado. Esta se desarrolla por la vía del sometimiento del proletariado a las exigencias de la lucha democrática, de la defensa de los intereses económicos de la nación. La pequeña burguesía convive con el proletariado de manera más directa que la burguesía. Habita en sus barrios, se codea con él en determinadas funciones del proceso productivo... y con ello le imbuje de sus hábitos. Si esto es así durante las épocas de convivencia pacífica y de bonanza económica, se muestra de manera más evidente cuando estas ceden el paso a situaciones de crisis económica y social. La inestabilidad que sufre la pequeña burguesía se une a aquella que sufre el proletariado contribuyendo a asumir la incertidumbre que padece en el sistema capitalista y a responder a ella, en ausencia de la lucha de clase, por las vías típicas de la rebelión individual, democrática e interclasista. Es en este sentido que la pequeña burguesía lucha por domesticar a la clase proletaria y, por tanto, es la vía por la cual lucha abiertamente contra la reanudación histórica de la lucha de clase.

Pero las ilusiones de las clases medias, pese a que se manifiesten con mayor o menor virulencia, se desvanecen rápidamente. Los objetivos, manifiestos o no, de su rebelión, resultan inalcanzables y sus medios únicamente logran reforzar la existencia del sistema capitalista, origen real de todos los agravios que la pequeña burguesía busca solucionar por la vía de la mejora de las instituciones y la «democratización» del mercado. Todas las medidas que pretenden llevar a cabo, en la calle, en el parlamento o en ambos simultáneamente, resultan espurias. La democracia es el sistema de gobierno mediante el cual la burguesía busca la colaboración del resto de clases en la defensa de sus intereses de clase, especialmente de la clase que comprende a la gran mayoría de la población, el proletariado. Es un sistema sustentado en la renuncia a la lucha de clase y en la canalización de la tensión social a través de la negociación y el derecho. Ambos, negociación y derecho, son expresiones formales de un único vector, causa real del dominio económico y político de la burguesía, la fuerza. Dominando realmente por la vía de la fuerza, disponiendo del poder político para someter al proletariado, la democracia se presenta únicamente como una válvula de escape de la tensión social que tiende a anular cualquier lucha de la clase proletaria. Las clases medias confunden, porque históricamente no pueden llegar a entender nada más dada su posición en el sistema de producción y

reproducción social que es lo que realmente determina la «conciencia individual» que tanto alaban, el fondo con la forma. El dominio político, que es dominio por la fuerza, es confundido con el método democrático que a través del cual se realiza este. El programa democrático no refleja abiertamente este dominio de clase y es tomado como garantía de que proletariado y burguesía pueden convivir en paz y los intereses de ambos verse reconocidos dentro del marco jurídico-social de la nación. La indignación es, sencillamente, la protesta inútil, el sentimiento de frustración impotente ante el hecho de que los deseos de la clase media no se vean realizados en la cruda realidad de la explotación capitalista, algo completamente diferente del odio de clase que el proletariado ha manifestado en su lucha de clase a lo largo de la historia y que volverá a manifestar una vez reanude su camino revolucionario.

¿Constituyen los movimientos de protesta de ¡ las clases medias un problema para la burguesía y el orden capitalista? Sólo como cuestión de orden público. Si su pseudo programa revolucionario no tiene ningún futuro, y la experiencia de clase de la burguesía a lo largo de más de ciento cincuenta años de dominio político y social así se lo hace entender, la pequeña burguesía no implica más quebraderos de cabeza para la clase dominante que el hecho de suponer un problema en las calles.

Pero este problema, carente de toda perspectiva política, es decir, incapaz de suponer un trastorno social ni tan siquiera a medio plazo, también se encuentra detallado en la historia de la clase burguesa. Tanto las vías pacifistas como las violentas, tanto las manifestaciones multitudinarias donde los grupos y plataformas ciudadanas que las encabezan llaman a los manifestantes a dejarse golpear democráticamente por la policía a aquellas manifestaciones de tensión más o menos organizada que, por la vía del activismo violento, buscan violentar un curso de los acontecimientos que tiene sus raíces bien

(sigue en pág. 4)

**Correspondencia  
- Nueva Dirección -  
Apdo. Correos 27023,  
28080 Madrid**

**Email:  
elprogramacomunista@pcint.org**

**Visita el sitio del Partido  
www.pcint.org**

# Del 15 de Mayo al 25 de Abril

(viene de la pág. 3)

fundadas en una situación históricamente desfavorable para el proletariado, responden a la misma nulidad política y programática que caracteriza a las clases medias. Por ninguno de estos medios se logrará en ningún caso realizar el tan cacareado «cambio de régimen», pero no porque los medios de uno u otro cariz sean inútiles per se, sino porque la misma perspectiva del «cambio de régimen» responde a una ilusión infundada que no tiene ningún contenido real a realizar si no es el de la perpetuación de un sistema, el capitalista, que ya no admite grandes márgenes de reforma en un sentido democrático.

## LA INVARIANCIA HISTÓRICA DEL MARXISMO

Para el marxismo las clases medias constituyen un agregado social impotente desde un punto de vista político e histórico. No dominan económica y socialmente, como lo hace la burguesía y no portan en su seno un futuro libre de explotación, como lo hace el proletariado. Por lo tanto, sus manifestaciones no pueden ahora ni podrán jamás violentar la principal contradicción que existe en la sociedad dividida en clases, que es el enfrentamiento histórico entre proletariado y burguesía. Pero no por ello son dejadas de tener en cuenta. Muy al contrario, son valoradas desde un punto estrictamente dialéctico, como un elemento crucial en muchas fases del desarrollo de la lucha de clases. Para entender en qué consiste esta valoración teórica, de la que se desprende la posición política del partido comunista revolucionario respecto a sus movimientos, hay que partir de un deslindamiento de campos vital.

En primer lugar, resulta imposible que la pequeña burguesía asuma el papel que históricamente corresponde al proletariado. No existe una sustitución entre un proletariado hoy ausente del terreno del enfrentamiento abierto entre clases a excepción de episodios esporádicos e inconexos entre sí, y una pequeña burguesía, compuesta esencialmente por el estrato más activo de esta, los estudiantes, que asuma la confrontación abierta. Por lo tanto no existen nuevas formas de lucha, democráticas, gradualistas, populares en el sentido de participadas por todos los estratos de la sociedad, o violentas y putchistas, que permitan acortar el camino que separa la situación actual de la

revolución comunista que, por supuesto, tampoco puede ser sustituida por ningún tipo de evolución cívica hacia un mundo sin contradicciones pero aún lacerado por la existencia de la explotación asalariada y la propiedad privada.

En segundo lugar, no existe otra vía para la supresión del dominio de clase de la burguesía y la transformación socialista de la sociedad que la lucha política del proletariado con el objetivo de conquistar el poder, ejercer despóticamente su dictadura de clase y exterminar cualquier vestigio del viejo mundo. El proletariado se constituye en clase, luego en partido político, escribieron Marx y Engels en la primera y definitiva afirmación del programa revolucionario del proletariado que es el Manifiesto del Partido Comunista de 1848 y con esta definición lapidaria de la necesidad de que el proletariado se constituya en clase para sí, clase revolucionaria cuya finalidad es la abolición definitiva de todas las clases sociales y la superación con ello de la *prehistoria de la humanidad*, se deja fijada de una vez y para siempre la comprensión de que es el partido comunista, internacional e internacionalista, el órgano de la clase proletaria que debe dirigir su lucha revolucionaria.

Ninguna de las facetas de esta lucha revolucionaria ha sido superada aún por el curso de la historia ni lo será hasta que la última de las sociedades basadas en la explotación del hombre por el hombre, el capitalismo, desaparezca. Es especialmente importante para el marxismo revolucionario mostrar continuamente que una de estas facetas, la de la lucha proletaria sobre el terreno inmediato, debe ser tenida en cuenta en todo momento.

Hoy el proletariado se encuentra completamente aprisionado, en este terreno, por la política de la colusión entre clases que los partidos oportunistas y los sindicatos colaboracionistas (a los que nuestro partido definió en la II Postguerra para la zona italiana como tricolores (ver el hilo del tiempo *Las escisiones sindicales en Italia*, publicado en *Battaglia Comunista* n° 21 de 1949) en la medida en que defendían los tres colores de la señora nacional y no el rojo de la bandera proletaria y que, para el caso español, podríamos llamar con igual acierto *rojigualdas* en la medida en que han aceptado estos colores como su programa en todos los ámbitos). No existe un movimiento asociativo proletario independiente, al menos no a escala general, que agluti-

ne a la clase obrera con la finalidad de luchar sobre el terreno económico en defensa únicamente de sus intereses de clase y a través de medios y métodos de lucha realmente clasistas. De esta manera, no existe una experiencia viva del enfrentamiento cotidiano con la burguesía que permita al proletariado romper con las cadenas del interclasismo y afrontar los golpes que la situación especialmente nefasta por la que pasa con una posición combativa. Pero este asociacionismo obrero, que fue liquidado hace décadas por el efecto combinado de la reacción burguesa y el apoyo del estalinismo y la socialdemocracia, deberá resurgir sobre la base de la tendencia espontánea de la clase proletaria a luchar contra los continuos empeoramientos de sus condiciones de existencia y de la necesidad de organizar su propia lucha para no comenzar de cero cada vez. La tarea fundamental del partido comunista revolucionario y de esforzarse por aclarar los términos en los que esto se realizará y contribuir con su trabajo político a que suceda.

En el prólogo a *La guerra campesina en Alemania (Marx y Engels, Obras escogidas, tomo II, Editorial Progreso, Moscú 1974)* Engels afirma que las tareas del partido comunista son tres: política, económica y teórica, corriendo todas ellas en paralelo. Hoy, ante el estallido de estos movimientos de las clases medias de los que venimos hablando, estas tareas no han variado. La aparición en la escena social de las luchas *indignadas* no plantea nuevas exigencias al partido de clase, pero sí una valoración precisa de las implicaciones que esto tiene de cara al cumplimiento de sus funciones. La lucha proletaria de clase continúa en un periodo de receso que dura ya ochenta años y por ello los comunistas no pueden intervenir, en la perspectiva económica y política de la que hablaba Engels, a gran escala. La ausencia de un movimiento asociativo, siquiera de mínimos, del proletariado, limita el campo e influencia del partido en la medida en que la clase trabajadora no tiene la experiencia de lucha que la haga receptiva a la intervención comunista sobre este terreno. Las luchas de las clases medias, en lo esencial, no han cambiado este panorama. Si bien no es improbable que sobre la estela de las *medidas de fuerza* que estas clases han llevado a cabo, en forma de manifestaciones ilegales, de concentraciones de masas, etc. puedan encaminarse grupos de proletarios más

decididos a luchar en defensa de las necesidades de su clase, esto aún no ha sucedido. En el marco del terreno de la lucha inmediata, el partido, sin perder la perspectiva de la reanudación de su actividad a una escala mayor, en la mayoría de las ocasiones debe interesarse por intervenir para defender los principios de este asociacionismo e intentar aclarar las posiciones que mantiene el comunismo revolucionario acerca de los problemas que aparecen en este ámbito.

Es sobre el terreno de una supuesta lucha política donde parecería que han surgido cambios más sustanciales. En determinados momentos pareciera que existe una fuerte tensión política en la calle, fruto de las grandes movilizaciones. Pero, como se ha expuesto más arriba, esta tensión refleja simplemente un descontento incapaz de pasar a la ofensiva sobre ningún plano que no sea el de la desesperación. Si el proletario

puede verse influenciado por esta corriente es únicamente como consecuencia de la inmadurez que se ha ido gestando en su seno a lo largo de décadas de contra revolución permanente. El trabajo político del partido, unido dialécticamente al esfuerzo teórico del que hablaba Engels y que, décadas después se encargó de reseñar Lenin en su folleto *¿Qué hacer?* (Lenin, Obras Completas, Editorial Progreso, Tomo 6, Moscú 1981) pasa hoy, y lo hará aún durante mucho tiempo, prácticamente en exclusiva, por la defensa de las posiciones del marxismo revolucionario contra las desviaciones que se introducen a través, precisamente, de los movimientos del tipo que analizamos aquí. La lucha doctrinal y la preparación a través de ella del partido compacto y potente de mañana, si bien con escaso eco, no es, ni lo será nunca, un problema baladí ni limitado a épocas de lucha revolucionaria. Muy al contrario, es en épocas de franca ausencia de la lucha

de clase proletaria, cuando esta lucha se vuelve más importante para constituir las bases sólidas de un partido que pueda asumir la lucha política general de mañana. Si hoy las posiciones que con tanto celo el partido se encarga de defender y perfilar ante los nuevos acontecimientos que tienen lugar pueden parecer ajenas a la lucha del momento, según siempre un criterio renovador y movimentista del marxismo, esto se debe precisamente a la fortísima presión de las ideologías pequeño burguesas que buscan revulsivos automáticos para su desesperada situación social. Es por ello que, para afirmar, la lucha proletaria de mañana contra las desviaciones que aparecen ya hoy y para que, en ese mañana, el proletariado pueda encontrar a su partido de clase, el partido asume hoy la lucha teórica y la continuidad en la defensa de su línea política definida por el balance de las contra revoluciones como los aspectos más importantes de sus tareas.

## Accidente ferroviario en la línea Madrid-Ferrol A alta velocidad hacia la muerte

(viene de la pág. 1)

Pero no se trata de una tragedia, lo que ha sucedido no es un hecho luctuoso inevitable. Ha sido un asesinato y el capitalismo es el culpable.

Hace menos de un mes, el 6 de julio, un tren de mercancías se estrelló en Lac-Magantic, una pequeña ciudad de Quebec (Canadá) causando 50 muertos. No hace ni tres meses que en Bangladesh una fábrica textil donde trabajaban miles de obreras para las principales compañías de confección europeas ardió dejando un terrible rastro de proletarias quemadas vivas. El año pasado, volviendo a la civilizadísima España, cuatro jóvenes dejaban sus vidas en una macro fiesta organizada sin ningún tipo de medida de seguridad con el objetivo de que entrasen cuantas más personas mejor... y esto por citar sólo las muertes que pueden permanecer más frescas en la memoria porque han ocupado más espacio en los medios de comunicación burgueses. Se podría hacer un recuento de víctimas que nos conduciría a números superiores al millar anual si se registrasen sistemáticamente los cientos de accidentes ferroviarios que se producen cada mes, en la India y Pakistán por ejemplo. Las decenas de miles de fallos en la seguridad laboral que conducen a proletarios de todas las nacionalidades y razas a la muerte

inmediata en fábricas y obras. Y un largo etcétera. En todas estas supuestas *tragedias*, nombre con el que se pretende dar la idea de inevitabilidad e incluso de una cierta regularidad irreversible en estos acontecimientos, hay un factor común: se trata, en todos los casos, de hechos producidos por la necesidad del capital de aumentar el beneficio que extrae del proceso productivo. La base reside en una ecuación muy sencilla: en el mercado capitalista, basado en la competencia entre empresas, dado un nivel salarial, que es uno de los principales componentes de los costes de producción, que tiende a igualarse a la baja en todo el planeta y unos costes fijos, costes de capital, también estables debido a la homogeneidad de la tecnología empleada en todas partes, una de las principales vías para aumentar la rentabilidad de la inversión y vencer por tanto a la competencia en el terreno de la adquisición de contratos, clientes, etc. consiste en la reducción de los costes de producción, es decir, en la utilización de materiales de peor calidad, en la supresión de medidas de seguridad, en la vulneración incluso de principios físicos elementales, siempre bajo la aprobación de unas leyes que únicamente buscan favorecer la acumulación de capital y la generación de beneficios cada vez mayores. A medida que la competencia capitalista entre empresas y países se acre-

cienta, esta carrera por obtener más beneficio que el rival se vuelve cada vez más trágica. Una posición conquistada en el mercado, nacional o mundial, no es propiedad de nadie para siempre, sino que debe ser defendida de la competencia con uñas y dientes, es decir, con un esfuerzo continuo por producir siempre con costes cada vez menores para poder vender con un margen de beneficios que rentabilice la inversión realizada. Este es el motivo por el cual las grandes corporaciones, antaño radicadas en un único país y vistas como la columna vertebral de este, hoy se localizan en cualquier parte del mundo donde los costes de producción sean menores. Y en ello no hay nada de inmoral, nada que las leyes éticas puedan condenar. Simplemente se confirma la ley elemental de la reproducción del capital, dentro de cuyos márgenes la burguesía, que detenta la propiedad privada de los medios de producción, lucha incansablemente por invertir la tendencia a la baja de la tasa de beneficio. Esta verdadera *ley natural* del capitalismo es el motor de las llamadas tragedias, que liberadas de todo velo idealista, aparecen ahora como *dramas siniestros de la moderna catástrofe social*.

El caso del tren que cubría la línea Madrid-Ferrol, resulta ser ejemplar. Existían varios segmentos de vía a lo largo de todo el recorrido, algunos de ellos adecuados para la Alta Velocidad y otros que conservaban la estructura habitual de los trenes anti-

(sigue en pág. 6)

## Accidente ferroviario en la línea Madrid-Ferrol A alta velocidad hacia la muerte

(viene de la pág. 5)

guos. El criterio para que esto fuese así no era otro que el de obtener la mayor rentabilidad posible: donde se podía construir a bajo coste vías capaces de dar soporte a los trenes AVE o ALVIA (los dos modelos de Renfe para la alta velocidad) se hizo. Así, las grandes rectas entre Madrid y Valladolid, o entre Orense y Santiago, resultaban adecuadas para que los convoyes de pasajeros alcanzasen los 200 km por hora (algo menos, por otro lado, de lo que se llega a tomar en otras líneas emblemáticas para la economía nacional, como la de Madrid-Valencia, donde se llega a más de 300 km por hora) Donde no era posible, siempre por motivos de rentabilidad económica, se mantuvo el trazado antiguo de las vías, introduciendo modificaciones en la circulación para compensar las diferencias. De esta manera, las bases para la catástrofe estaban servidas. Postergando para mejores momentos la homogeneización del trayecto, es decir, esperando realizar las costosas obras de adecuación de las vías antiguas a la alta velocidad al momento en el que los beneficios aportados por la línea permitiesen sufragar los gastos, verificando así que resulta rentable realizar la inversión requerida para ello, se conformó una especie de puzle ferroviario con un equilibrio entre sus partes muy precario. La fatídica curva de la aldea de Angrois, a pocos kilómetros de la estación de Santiago, es precisamente uno de los tramos del trayecto en los cuales se engarzan las vías de la alta velocidad con un trazado que no es apto para ella. El día 26 de julio, el diario *El Mundo*, publicaba un artículo de uno de los responsables de geotecnia (el estudio de las condiciones geológicas para determinar las condiciones técnicas de una obra de ingeniería) del trazado de la curva donde tuvo lugar el accidente. En él, se explicaba: «*Cuando se hizo el proyecto de construcción de Boqueixón-Santiago [...] la decisión de utilizar la estación existente en la ciudad compostelana estaba tomada, el final de nuestro tramo debía enlazar con un trazado paralelo a la vía férrea en servicio de acceso a la estación y el punto de entrega debía situarse al final de la embocadura norte de Santiago, a unos 150 metros de su boquilla. Nuestro tramo completo cumplía con las especificaciones de Alta Velocidad*

*pero enlazaba con un trazado que no las cumplía, lo cual obligaría a los trenes a desacelerar antes del enlace[...]*» Esta, y no otra, fue la causa primera del accidente. ¿Por qué la curva donde tuvo lugar no era apta para la alta velocidad? Porque resultaba inviable en términos económicos convertirla para las nuevas funciones. Ciertamente podría haberse construido otra estación, a las afueras de Santiago de Compostela, que asumiese la llegada de los trenes AVE o ALVIA, dejando la antigua para los regionales. Pero entonces los costes de transporte, tanto para Renfe como para las empresas turísticas y de logística locales interesadas en la llegada de la alta velocidad a la ciudad de Santiago, se hubiesen disparado y esta no hubiese resultado funcional. El trazado de la alta velocidad, las estaciones finales y las intermedias, se deciden de acuerdo a criterios económicos, buscando favorecer al entramado empresarial de la zona por donde pasan este tipo de trenes. Resulta obvio que el simple hecho de que un tren que transita a más de 200 km por hora constituye un peligro cuando atraviesa un pueblo o una ciudad a los que deja partidos por la mitad (naturalmente la opción de soterrar las vías también es inviable... por lo cara que resulta) pero el criterio que prima es el de la rentabilidad y los gastos extraordinarios que supondría construir unas vías completamente nuevas elevan los costes de producción hasta el punto de volver el proyecto inviable. El peligro potencial, y nada lejano como se ha visto con el accidente, y real, en forma de stress causado a los habitantes del pueblo por el excesivo ruido, por los temblores de tierra y construcciones que causa el tren a su paso, es simplemente una variable económica que no llega a compensar en términos cuantitativos el coste que supondría cualquier trazado alternativo.

Pero en esta lógica canibal del capital, en la que las vidas humanas se pueden cuantificar en términos económicos sin que lleguen a tener nunca el valor de los ingresos reportados a través de su sistemática puesta en peligro, existe otro elemento más, la seguridad. La carrera por el beneficio, que deja continuamente muertos por el camino, se oculta tras el velo de la *capacidad técnica*. Es evidente que la alta velocidad genera un peligro continuo para los pasajeros y para la población por donde discurre, para todos los

ojos está claro que constituye un riesgo tanto para la vida humana como para la naturaleza, sistemáticamente destruida a su paso. Pero ante esto, la respuesta que el capital está en condiciones de dar, a través de los especialistas, los ingenieros de las empresas y los responsables del marketing corporativo es clara: existen los medios técnicos para que, una vez que se ha creado el peligro, este se pueda conjurar. De esta manera la evidencia que constituye la obtención de beneficio, que es el motor de cualquier empresa en el mundo capitalista, y que obedece a la ecuación antes expuesta de menos costes igual a más ganancias, queda oculta bajo la idea, continuamente repetida, de: se obtiene beneficio porque técnicamente esto resulta posible. Se intenta trastocar la ley de bronce de la ganancia con la supuesta evidencia de la capacidad técnica. En el caso del accidente del ALVIA Madrid-Ferrol, como en el resto de supuestos de la Alta Velocidad, se recu-

### « Il Comunista »

Nr.132

Ottobre 2013

Nell'interno

- Lampedusa, porta di un Mediterraneo che il capitalismo ha trasformato in un inferno per centinaia di migliaia di migranti proletari, di diseredati e profughi provenienti da paesi devastati dalla miseria, dalla fame, da guerre di rapina e violenze di ogni genere
- I borghesi si spiano tra di loro? Sono mercanti, è naturale
- Lo sciopero è un'arma della lotta di classe da usare ad esclusiva difesa delle condizioni proletarie di vita e di lavoro sennò è del tutto inefficace!
- Democrazia cybersorvegliata
- La donna e il socialismo (6) di A. Bebel
- Questioni storiche della Internazionale Comunista: la Sinistra comunista e l'Ordinovismo
- Sulla reazione dell'esercito egiziano alla destituzione del presidente Morsi
- Massacro di manifestanti islamisti in Egitto: la sola via per i proletari è la lotta indipendente di classe e non la fiducia nell'Esercito borghese!
- A proposito della costituzione di una "rete sindacale internazionale"
- Siria: una strage dopo l'altra, con le armi convenzionali e con le armi chimiche. Gli imperialisti stanno a guardare aspettando l'occasione per "intervenire" e "riportare la pace"... dei morti. Solo la rinascita della lotta di classe e rivoluzionaria del proletariato potrà fermarli e batterli!

Giornale bimestrale - Una copia 1,5 €, 5 FS, £ 1,5 - Abbonamento: 8 €, 25 FS; £ 6 - Abbonamento di sostegno 16 €, 50 FS; £ 12.

re continuamente a la idea de que es el medio de transporte más seguro. Existen medidas de control de la velocidad, de la contaminación acústica, de la destrucción natural, que minimizarían los riesgos generados por la construcción de estas vías a lo largo y ancho de todo el mundo. Concretamente se habla de sistemas de seguridad automáticos que lograrían hacer desaparecer todo peligro a través del control continuo de los trenes, de la reducción de la autonomía del maquinista a la hora de elegir velocidades y ritmos de viaje. Pero, de nuevo, toda resulta una ilusión. La técnica no constituye una verdad natural inmutable, sino que se encuentra sometida a los mismos condicionantes que el resto de expresiones de la vida social bajo el capitalismo. Bajo ella se encuentran las mismas leyes del beneficio y la competencia que determinan, a través de la rentabilidad, la rentabilidad de su diseño y de su aplicación. De esta manera, en el mundo capitalista sólo es realizable aquello que genera beneficios. Por un lado, gran cantidad de desarrollos tecnológicos que permitirían mejorar notablemente las condiciones de existencia de buena parte de la humanidad, de medicamentos que solventarían epidemias que aún arrasan con cierta frecuencia a determinadas poblaciones, de obras de ingeniería que acabarían con problemas naturales endémicos en determinadas áreas del planeta, y para los cuales existen soluciones aplicables con el grado de desarrollo técnico y científico dado, permanecen olvidados porque resultan inviables en términos económicos. Por otro lado, como ha sido el caso en el accidente del tren en Santiago, sencillamente no se aplican porque aumentarían los costes de producción, en este caso de construcción y de mantenimiento de la vía. Es por este motivo que la tecnología ERTMS, siglas de European Rail Traffic Management System (Sistema Europeo de Gestión del Tráfico por Vías), que es el que se utiliza en prácticamente todos los sistemas de alta velocidad, no se encontraba en uso en la curva donde tuvo lugar el accidente. En su lugar estaba instalado un sistema, el Anuncio de Señales y Frenado Automático, de mucha menor precisión ya que no hace un seguimiento continuo del vehículo y sólo es capaz de corregir el exceso de velocidad en determinados momentos. Precisamente ha sido un exceso de velocidad, consecuencia de la larga recta de 80 kilómetros que había sido recorrida a 200 por hora, el causante del descarrilamiento. Se vuelve claro a todas luces, de nuevo, que la ren-

tabilidad se logra sobre las muertes de 78 personas.

Para que las empresas capitalistas logren mantener un nivel de beneficios que les permita competir con sus rivales nacionales e internacionales resulta necesario sacrificar seguridad, en el trabajo y en el transporte. No, se trata de que estas compañías sean especialmente voraces, sino de la ley universal de la competencia capitalista, que otorga la victoria a quien consigue reducir sus costes en mayor medida. Después del accidente de Santiago una oleada de cínica indignación parece embargar a empresarios y medios de comunicación, que juran y perjuran sobre la necesidad de mantener cierta ética en los negocios. Pero desde hace tiempo, precisamente cuando las vías de este trayecto se estaban levantando con evidentes carencias técnicas, todo han sido elogios para esta nueva modalidad de transporte que representaba la modernidad y la capacidad de aumentar notablemente la competitividad de la economía nacional. La Alta Velocidad Española es el emblema del desarrollo del capitalismo español durante la última década. Durante este periodo la línea original de Madrid-Sevilla, construida para dar cobertura a la Exposición Universal Sevilla '92, ha visto cómo aparecían otras que han cubierto todo el mapa del país. Madrid-Sevilla, Madrid-Barcelona... estaban llamadas a mejorar las comunicaciones entre las principales capitales españolas con el fin de permitir un flujo de personas mucho más rápido. En el capitalismo el beneficio se mide en tiempo, más rápido viajan las personas, y con ellas las mercancías y los capitales, más rentabilidad existe. La alta velocidad ha llegado a convertirse, en este sentido, en un símbolo de prestigio de las burguesías locales, aunadas en los gobiernos autonómicos, que se han lanzado a la carrera de su construcción precisamente para no quedarse atrás respecto a sus rivales en la competencia nacional. De esta manera incluso las burguesías de capitales de provincia sin una importancia significativa en la economía española, han intentado acrecentar su presencia en esta mediante su unión a la red de alta velocidad.

Pero, además, la Alta Velocidad Española es uno de los negocios más rentables de la burguesía. Incluso en un momento como el presente, cuando la crisis económica arrasa la producción y la tasa de beneficio se reduce en todas las industrias a mínimos históricos, las empresas relacionadas con la alta velocidad, es decir, gestores

como ADIF, constructores como Talgo o Siemens y fabricantes de infraestructura como FCC, presentan, en el negocio de la alta velocidad, cuotas muy altas de beneficio. Se trata de una unión tácita de empresas privadas y públicas que participan en el mercado español en régimen de oligopolio, con un Estado que hace las veces de proveedor público de servicios ferroviarios, del que extraen pingües beneficios. Esta situación les ha permitido acumular el suficiente capital como para dedicarse a exportar tecnología y construcciones a otros países, especialmente a países llamados emergentes, en los cuales preparan y mantienen, trenes, infraestructuras, señalizaciones, etc. Así, el llamado «Ave del Peregrino», que une la ciudad de Medina con la de la Meca, en Arabia Saudí, ha constituido el mayor negocio de la burguesía española en el extranjero, reportándole al consorcio empresarial que se ha hecho cargo de él la cifra de 6.700 millones de euros. Con este caso como plataforma de lanzamiento internacional, las mismas empresas compiten con sus rivales de otros países por hago de hacerse cargo de la línea Sao Paulo-Río en Brasil, que se proyecta construir de cara a los Mundiales de Fútbol de 2014 y que supondrá unos ingresos de 12.000 millones de euros. La alta velocidad es un negocio muy rentable, sin duda. Supone una facturación anual, entre obras nacionales y aquellas que se realizan en el extranjero, de 5.000 millones de euros anuales y, teniendo en cuenta que es un sector fuertemente internacionalizado que exporta el 60% de su producción, el nivel de competencia en él es lo suficientemente alto como para que la seguridad no resulte una prioridad y este accidente sea minimizado hasta el punto de que no implique pérdida alguna de prestigio para las empresas que participan en ella.

Y no sólo se trata de reducir en costes de seguridad. Recientemente las empresas Renfe y ADIF han presentado dos expedientes de regulación de empleo que afectará a 500 empleados en la primera y a un número indeterminado de ellos, puesto que se ha negado aún a facilitar las cifras, en la segunda. Además los salarios de los empleados se ligan cada vez más a la productividad, lo que en el caso de los maquinistas se refiere a primas por conducir puntualmente los trenes a su destino y sanciones por no lograrlo. La explotación y los despidos aumentan a medida que las empresas luchan por lograr mayores beneficios en cualquier parte del mundo y los usuarios

(sigue en pág. 8)

## Accidente ferroviario en la línea Madrid-Ferrol

# A alta velocidad hacia la muerte

(viene de la pág. 7)

de los trenes llegan a pagar con su vida esta búsqueda incansable de la productividad.

El capitalismo es un sistema asesino. Lo es para los proletarios que pierden su vida diariamente en el puesto de trabajo por accidentes laborales debido a la falta de seguridad y a los extenuantes ritmos de trabajo que se les impone o en el trayecto de ida o de vuelta al trabajo, donde estos ritmos de trabajo se extienden a las carreteras en las que decenas de personas mueren cada mes. Lo es también para la población en general que se ve sometida a continuas catástrofes provocadas por este sistema depredador que, como en el caso del tren de Santiago, coloca el beneficio empresarial en puesto muy superior al que ocupan las vidas humanas. Y es ilusorio pensar en un capitalismo mejor, que fuese capaz, gracias a los controles técnicos y a la buena voluntad, de poner los medios para evitar los accidentes. Si se muere en el trabajo o en los trenes es porque para el capital la rentabilidad y el beneficio son cuestiones de vida o muerte. Si una empresa cede en ellos, si no se adapta a las inexorables leyes de la competencia y rebajan sus costes de producción por cualquier medio posible, desaparece y su lugar en la producción pasa a ser ocupado por un rival que no lo hace. A la hora de buscar responsables siempre se encontrará un chivo expiatorio, como es el caso del maquinista del ALVIA descarrilado, que habrá cometido uno u otro fallo, de manera que la lógica criminal que es la verdadera responsable de estas catástrofes, quede absuelta en detrimento de un culpable individualizable y eliminable.

Nada más conocerse la noticia del accidente ferroviario, el propio día 24, los medios de comunicación de todas las tendencias ideológicas se apresuraron a colocar al maquinista del tren en el centro de la responsabilidad del suceso. Repitieron sin parar que se trataba de un *error humano, un error de un individuo que se ha distraído y que no ha respetado las reglas*. Y es tal la presión ideológica de la propaganda burguesa que el mismo maquinista se ha condenado a sí mismo, convencido de que la parte principal de la culpa de este desastre es suya. En realidad, el error de un maquinista de tren, o el de un chófer de autobús

o un camionero, de un piloto de aviones o de un comandante de nave, de un trabajador encargado de una grúa o del horno de una acería, en esta sociedad tiene causas sobre todo objetivas: el stress nervioso y la fatiga física provocados por la intensidad de la explotación y de la cantidad de horas seguidas de trabajo, la escasez o inexistencia de sistemas de prevención y una manutención precaria, la conducción individual en lugar de la conducción en equipo, etc. son todos factores que llevan al desgaste progresivo de la máquina-hombre, ya sea su posición en el trabajo operativa o de dirección. Los burgueses, frente a catástrofes de este género, buscan siempre un «culpable», y si no lo encuentran, los muertos y heridos se achacan a la «fatalidad» o a la «naturaleza». No admitirán jamás que la causa principal se debe buscar en los fundamentos económicos de su sociedad, en el modo de producción capitalista.

Es el capitalismo el que masacra a la humanidad en todos los aspectos de su existencia. Una humanidad que sólo podrá salir de esta auténtica existencia inhumana, cuando se libre de un sistema basado en la explotación y el sufrimiento de la gran mayoría de la población, en la explotación

y el asesinato diario de miles de proletarios que pierden su vida en aras del beneficio y de la buena marcha de la economía nacional. Es este proletariado, que constituye hoy la única clase revolucionaria de la sociedad, el que debe sacar a la humanidad de la división en clases contrapuestas en la cual se encuentra constreñida en la sociedad burguesa y destruir el sistema de la propiedad privada y el trabajo asalariado, base real de todas las catástrofes que se producen. Y sólo podrá hacerlo por la vía de la revolución comunista, de la destrucción sistemática mediante su dictadura de clase, ejercida por el partido comunista, de todo vestigio de este mundo de miseria. De esta manera, únicamente siguiendo este camino, la humanidad reencontrará su verdadera naturaleza, constituyendo su sociedad de especie en la que, olvidados por fin los criterios de beneficio, productividad o rentabilidad, la única máxima que regule la vida social sea aquella de *de cada uno según sus posibilidades, a cada uno según sus necesidades* que el marxismo revolucionario enarboló hace más de ciento cincuenta años.

**¡por la reanudación de la lucha de clase proletaria!**

**¡por la reconstitución del partido comunista, internacional e internacionalista!**

**¡por la revolución comunista internacional!**

28 de julio de 2013

## ¿Dónde está Nin?

(viene de la pág. 1)

esta manera los asesinos de ayer, los verdugos de Nin y del proletariado, con la anuencia de las corrientes trotskistas que se dicen herederas de Nin, desdibujan las diferencias políticas, que son las diferencias que existen entre clases históricamente contrapuestas e irreconciliables, e instauran su propia doctrina de clase sobre la historia de la lucha entre proletariado y burguesía, intentando levantar sobre ella una idea de concordia y colaboración que hoy, en tiempos sumamente complicados, buscan imponer por todos los medios y en todos los terrenos.

Nuestra corriente, la Izquierda Comunista de Italia, presente ayer en los acontecimientos que protagonizó el proletariado español en su lucha de clase y presente también hoy y mañana en los que deberá

librar para romper el yugo de la sumisión a la burguesía, no ha sido nunca muy dada a los homenajes. El individuo, más allá de la gran falacia burguesa que pretende colocarlo en el centro de la historia, no es otra cosa que la encarnación de fuerzas materiales que empujan a la humanidad por el tortuoso camino de la historia, que es la historia de la lucha de clases, hacia la desaparición de estas mismas bajo el comunismo. No concedemos otro valor a los llamados *grandes hombres*, sobre todo a los *grandes hombres* que han participado en las grandes batallas de la guerra social, que el de ser **máquinas perfectamente engrasadas**, que han representado mejor y más sintéticamente, la misma capacidad humana, concretamente, hoy, la capacidad del proletariado, de conducir su lucha revolucionaria hacia la victoria final. Esto y no otra cosa fueron los Lenin, Trotsky, Bordiga y

tantos otros hasta llegar a Nin.

Pero nos resultan especialmente repugnantes estos episodios de homenaje con los que la burguesía lucha por privar al proletariado de su historia, por negar la verdad de lo que representaron estos revolucionarios. Y, más concretamente, combatiremos siempre con todas nuestras fuerzas, a las corrientes pseudo revolucionarias que tienden la mano a los enemigos de siempre del proletariado y buscan liquidar todo rastro

## NIN Y LOS PROBLEMAS DE LA REVOLUCIÓN

No pretendemos hacer una biografía de Andrés Nin, su vida nos interesa únicamente en la medida en que se desarrolló en un periodo tormentoso de la lucha de clase del proletariado, durante el cual se colocó en primera fila y ejemplificó con su militancia la tragedia del proletariado español. Es por ello que el periodo más interesante de la militancia de Andrés Nin, el que mejor expresa el grado de tensión social al que se llegó en España, es aquel que comprende desde su vuelta a España en 1930 a su asesinato en 1937. Previamente, Nin había formado parte de la corriente comunista que pretendía afirmarse en el interior de CNT a través de los Comités sindicalistas revolucionarios, había sido delegado de estos ante la Internacional Sindical Roja. Esta situación le propició una serie de años de estancia en la URSS (de 1921 a 1930) durante la cual vivió en primera persona los problemas de la involución revolucionaria en el que había sido el primer país en el que el proletariado se adueñó del poder y ejerció su dictadura de clase a través del Partido Comunista. De esta forma, Nin se colocó desde un primer momento de parte de la Oposición de izquierda del Partido que encabezaba Trotsky y que pretendía reponer sobre la senda revolucionaria el curso, cada vez más complicado, de los acontecimientos en el seno del Estado soviético, del Partido y de la III Internacional. Como consecuencia de esta militancia, que Nin llevó hasta sus últimas consecuencias participando activamente en la organización internacional de la Oposición, debió abandonar la Unión Soviética donde su vida corría el mismo peligro que acechaba y finalmente acabó con miles de comunistas revolucionarios anónimos caídos bajo el peso caníbal de la contrarrevolución estalinista.

No fue una época fácil, de hecho ninguna lo es, para los comunistas revolucionarios. Durante aquella, en Italia, nuestra corriente se vio expulsada de la dirección del Partido Comunista de Italia y forzada a sobrevivir, en la

de diferencia con sus políticas. Nosotros honramos a Nin, mediante la verificación continua de las diferencias que mantuvimos con sus posiciones, que es la única manera mediante la cual podemos continuar su trabajo, mostrando al proletariado las carencias y los errores en que se incurrió en determinados episodios de su historia para preparar las bases políticas de su superación revolucionaria. A este esfuerzo consagramos las líneas que siguen.

clandestinidad, las cárceles fascistas o el exilio, luchando a contra corriente por mantener fijos los principios del marxismo revolucionario que habían orientado el periodo de ascenso de la lucha proletaria durante el periodo abierto con el octubre rojo de 1917. Las diferencias de nuestra corriente con la Oposición de Izquierdas (y posteriormente con la IV Internacional), que de ninguna manera obedecían a una voluntad sectaria por defender sutilezas caprichosas sino a la lucha por defender la continuidad del hilo rojo del comunismo revolucionario, pueden ser seguidas en el opúsculo de nuestro Partido *Il Partito comunista Internazionale nel solco delle battaglie di classe della Sinistra Comunista e nel tormentato cammino della formazione del partito di classe* (disponible en formato digital en la página web del Partido, [www.pcint.org](http://www.pcint.org)). Estas diferencias resultan de una gran importancia incluso para seguir el mismo desarrollo de los acontecimientos internacionales, y con especial relevancia los de España, dado que en ellas se encuentran ya los elementos teóricos y políticos necesarios para entender el complicado camino que el proletariado debería recorrer, más allá de las perspectivas *tacticistas* que veían la vuelta de la revolución al futuro más inmediato a cada paso, para reanudar su lucha de clase. De hecho, es a partir de estas diferencias, que si fueron de primer orden para con la corriente trotskista, lo serían mucho más para la corriente de izquierdas que encabezaría Nin en España, que se pueden analizar tanto los orígenes como las consecuencias de su política en los acontecimientos que precedieron a la Guerra Civil.

Efectivamente, desde su llegada a España en 1930 Andrés Nin fue alejándose progresivamente de las posiciones que la corriente trotskista mantenía. Lo hizo en el aspecto político, con una profundización paulatina en ideas divergentes acerca de prácticamente todos los problemas que se

planteaban en el momento (especialmente en los circunscritos a la realidad española más inmediata) y lo hizo en el aspecto organizativo, organizando a los militantes de la izquierda trotskista como grupo y no como fracción e ingresando finalmente en un partido de nueva creación como lo fue el Partido Obrero de Unificación Marxista. No se trata de señalar aquí si Nin o Trotsky tenían razón el uno frente al otro. Sus posiciones obedecían a determinantes históricos muy poderosos, eran interdependientes y los errores del uno pueden rastrearse en las concepciones iniciales del otro (ver sobre esto el opúsculo citado *Il Partito comunista Internazionale nel solco delle battaglie di classe della Sinistra Comunista e nel tormentato cammino della formazione del partito di classe*). Tampoco se trata, al menos para nosotros, de encontrar si fue en un punto o en otro del camino donde Nin se distanció del marxismo revolucionario o de si fue este o aquel giro de los acontecimientos el que imposibilitaba su vuelta a este. Las posiciones políticas deben ser examinadas con la determinación que aporta el método marxista, que no ve en los acontecimientos una obra de la voluntad humana sino que circunscribe las posibilidades de esta a un marco mucho más amplio —y más rígido— donde la lucha entre las clases, y la formulación de esta a través de programas y tendencias, tiene el papel más importante.

En un primer paso, lo que nos interesa en este artículo es estudiar las características esenciales de las posiciones políticas de Andrés Nin, defen-

(sigue en pág. 10)

**LEE**

**EL PROLETARIO**  
Órgano del Partido  
Comunista Internacional

Dónde puedes encontrar  
**'EL PROLETARIO'**

**Librería Primado**  
Avda. Primado Reig 102  
46010 - Valencia

**Traficantes de Sueños**  
C/ Embajadores, 35  
28012 - Madrid

**La Rosa del Foc**  
C/ Joaquim Costa 34 bj  
28001 - Barcelona

**Librería Sandova**  
Plazuela del Salvador, 6  
47002 - Valladolid

## ¿Dónde está Nin?

(viene de la pág. 9)

didas primero en la Izquierda Comunista Española y después en el POUM, y encontrar en ellas los puntos determinantes de su actuación a lo largo del convulso periodo que cubre el periodo republicano y la Guerra Civil

### NIN Y LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICO BURGUESA

La visión de los acontecimientos que sostuvo, primero la Izquierda Comunista y, después de la fusión de esta con el Bloque Obrero y Campesino, el POUM, acerca de los sucesos que tuvieron lugar en España a partir de la proclamación de la II República, estaba marcada por un planteamiento central: en España las elecciones de abril de 1931 abrieron un periodo revolucionario en el cual el proletariado europeo se jugaba su suerte, la posibilidad de revertir la época de contra revolución que apareció con el triunfo regímenes fascista y nazi en Italia y en Alemania respectivamente y que contó con la ayuda inestimable del estalinismo. De esta manera, si bien los principales proletariados del continente estaban sometidos al yugo de la acción burguesa más abierta y los partidos comunistas se encontraban dirigidos por una política contraria a la lucha revolucionaria del proletariado, los acontecimientos de España podrían dar un nuevo vigor a la lucha de clase y dar el comienzo para que tan nefasta situación fuese remontada. Dentro de esta visión, existen dos elementos cruciales en torno a los cuales Nin dirigió toda su actividad.

El primero de ellos, que alude a las tareas revolucionarias del proletariado español, delimita estas dentro de la consigna *revolución democrático socialista*. ¿En qué consistía esta? Para Nin en España la revolución burguesa no se encontraba realizada, al menos no en la profundidad requerida como para considerar a España como un país capitalista propiamente dicho. Por ello, el momento histórico requería una revolución «democrático-burguesa» que barriese con los residuos feudales que subsistían en la configuración del país y de sus clases sociales, especialmente dos: el retraso de la industrialización del país, determinado en gran parte por las relaciones feudales existentes en el campo y la existencia de nacionalidades oprimidas (la vasca y la catalana, frente a posturas como las defendidas por Maurín —líder del BOC— que entendía la existencia de tantas como regiones existían

hasta su asesinato en 1937. A partir de ahí se podrá entender las divergencias entre las posiciones que defendía la corriente encabezada por él y las que mantuvo a lo largo de este tiempo nuestra corriente y que luego se verían ratificadas por los acontecimientos ulteriores.

en el país). Pero, desde las posiciones mantenidas por Andrés Nin, que fueron íntegramente asumidas por el POUM a partir de 1935, la burguesía española era una clase incapaz de llevar a su finalización la revolución democrática exigida. Su configuración histórica, a base de componendas y transacciones con los elementos de la clase feudal, había dado lugar a una burguesía débil y sin intención alguna de llevar más lejos los cambios que su propia sociedad exigía por miedo a movilizar a las masas desposeídas, principalmente al proletariado, en una lucha de la cual fuese después imposible retraerlas. Caían por tanto en manos del proletariado las exigencias democráticas que la revolución ponía en el orden del día. En un artículo de 1931, Nin afirmaba: «*Sólo la clase obrera puede resolver los problemas que tiene planteados la revolución española, sólo la instauración de la dictadura del proletariado puede significar el coronamiento del proceso revolucionario por el que pasa nuestro país*» (*El proletariado español ante la revolución*, artículo incluido en *Los problemas de la Revolución española*) El carácter democrático de la revolución lo daba el contenido de las tareas que debía realizar y las connotaciones socialistas las aportaría el hecho de que sólo podría ser realizada consecuentemente por la clase proletaria, debidamente adecuada a las exigencias que se le imponían a través de organismos revolucionarios como «*los consejos revolucionarios o las juntas revolucionarias o soviets*» (ibídem) que le permitirían, por otro lado, combatir junto a aliados potenciales como la pequeña burguesía o el campesinado más pobre.

En conjunto, estas posiciones resumen aquello que el marxismo ha definido como una *revolución doble*, es decir, una revolución, como la Revolución Rusa de 1917, en la cual, dada la persistencia histórica de un marco de relaciones sociales feudales y su convivencia con un proletariado desarrollado y en condiciones de luchar ya como clase autónoma con unas

posiciones independientes y radicalmente opuestas a las defendidas por la burguesía, este deba asumir la lucha democrática bajo su dirección política y la realización de las tareas pendientes de la revolución burguesa bajo su dictadura. Es doble, por tanto, porque derroca a una vez el mundo pre capitalista existente y pone las bases para la transformación socialista de la sociedad bajo la dirección exclusiva de la clase proletaria, que puede apoyarse para la primera de las situaciones en otras clases explotadas pero que deberá desembrasarse de ellas a medida que pasa a la segunda. La Rusia de 1917, efectivamente, era un país feudal, dominada por la autocracia zarista en la cual la gran industria moderna convivía con las características básicas del mundo feudal si bien estas se disolvían a gran velocidad desde finales del siglo XIX tal y como demostró Lenin ya en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y ratificaron los bolcheviques en todo su trabajo teórico posterior, base de su actuación política.

¿Existía esta situación en la España de 1931? Resulta evidente que, respecto al resto de países desarrollados de la Europa capitalista, España presentaba un atraso considerable en su desarrollo económico. Pero de este atraso, fraguado a lo largo de los siglos que se suceden a la gran depresión del siglo XVII, no puede deducirse automáticamente que España fuese un país feudal propiamente dicho. Algunos datos lo demostrarán. A comienzos del periodo republicano, España cuenta con una población activa de 11 millones de personas. De estos 11 millones, 1 estaba compuesto por pequeños artesanos, de 2 a 3 por obreros agrícolas (es decir, por proletarios del campo), de 2 a 3 por obreros industriales y mineros y 2 por muy pequeños propietarios. Es decir, la constitución de la masa popular era ya esencialmente proletaria (teniendo en cuenta que el resto hasta alcanzar los 11 millones estaba conformado por campesinos acomodados, profesionales y pequeños burgueses) y no se veía por ninguna parte rastro de feudalismo si no es en algunos vestigios realmente poco relevantes. Estos datos se ven confirmados por los referentes a la agricultura y la tenencia de la tierra. 50 000 propietarios controlaban la mitad de la tierra del país, mientras que el resto se repartía en minifundios, sobre todo en la zona septentrional. Los grandes propietarios eran, básicamente, la nobleza y la iglesia, (los datos han sido extraídos de *Pierre Broué, La revolución y la gue-*

rra de España) Pero esta nobleza y esta iglesia, mantenían relaciones más que estables con el capital industrial y bancario de las zonas económicamente más desarrolladas del país, como Catalunya o Euskadi, participando en los consejos de administración de algunos de los bancos más importantes y poseyendo empresas de gran calado. Efectivamente, se trata de una casta terrateniente, pero se encontraba ya perfectamente incluida en el sistema capitalista, utilizando trabajo asalariado para cultivar sus tierras e invirtiendo sus beneficios en lucrativas empresas industriales. La desamortización del siglo XIX, tanto como la extensión del comercio a todas las regiones del país, habían logrado una lenta pero firme transformación de las relaciones de producción y, si se manifestaba un gran atraso en temas como la productividad del trabajo, no debe confundirse esta situación con la persistencia del mundo feudal.

Respecto a la cuestión de las nacionalidades, el problema se plantea con idéntica claridad. La configuración histórica del país había dado lugar a la persistencia de marcadas diferencias políticas sociales entre las distintas regiones que lo componen. Catalunya y Euskadi, con un desarrollo industrial que les colocaba en la cabeza económica de España, tenían una larga tradición de autogobierno a la que los distintos gobiernos modernos se habían adaptado de una manera u otra. Por otro lado, el mismo desarrollo de estas regiones les hacía entrar en contradicción con las exigencias de la burguesía de la región castellana y andaluza y la autonomía era reclamada como una posición de avanzadilla en la lucha de competencia que se mantenía. Las reivindicaciones nacionalistas eran mantenidas por sectores de la pequeña burguesía ligada al comercio y a la industria que, con la aquiescencia de los grandes industriales, exigían posiciones de privilegio frente a la economía predominantemente agraria que existía en las regiones meridionales del país.

## NIN Y LA CUESTIÓN DEL PARTIDO

Para Nin la situación española, abiertamente revolucionaria, requería la inmediata configuración de un nuevo partido comunista que, atrayéndose a los sectores disidentes del español, encabezados por el Bloque Obrero y Campesino, supusiese una fuerza relevante entre las masas proletarias y las encabezase hacia la realización de las tareas democrático-socialistas de la revolución. Esta necesidad se volvía especialmente apremiante en la medida en que, para Nin, la lucha del

No existía una opresión nacional al uso, máxime si se tiene en cuenta que, sobre todo la burguesía catalana, gozaba de una considerable importancia en la conformación de los gobiernos españoles desde comienzos del siglo XX, habiéndose debido a sus exigencias, por ejemplo, la instauración de la dictadura del general Primo de Rivera a partir de 1923. Sin duda la crisis económica de 1929, que golpeó con dureza a España, acrecentó esta competencia y, por tanto, las exigencias nacionalistas en el sentido antes expuesto. Cuestiones como la de la lengua o las tradiciones forales se tomaron como bandera en la lucha política que se libró. Pero, al igual que con el problema de la tierra, esto no determina, de ninguna manera, la existencia de un «problema nacional» que condicionase la revolución española a condiciones estrictamente democráticas.

En España, durante el periodo que va de 1931 a 1936, la revolución proletaria *pura* era lo que se encontraba a la orden del día. No se trata de afirmar que las consignas democráticas no tuviesen aún un valor considerable, pero no constituían los determinantes fundamentales de una situación caracterizada efectivamente por unas relaciones de producción capitalista predominantes en la mayor parte del territorio, con una industria que, si bien se encontraba en una situación de atraso respecto al resto de Europa era debido más a la competencia en el mercado internacional que a un impedimento feudal que aún la encorsetase, y con una configuración política típicamente burguesa sustentada sobre la base de la predominancia de la propiedad privada.

La corriente que encabezó Nin, en el POUM y en la Izquierda Comunista Española, no entendió esta situación, y su error no se terminó con un simple problema teórico, sino que ejerció una influencia de primer orden en sus posiciones acerca de la necesidad de un partido comunista revolucionario.

proletariado debía desembocar, en un breve periodo de tiempo, en una lucha abierta contra la burguesía en la cual, como se ha dicho, se jugaría no sólo su futuro sino el de todo el proletariado europeo.

El Partido Comunista de España se encontraba completamente controlado por la corriente estalinista una vez que, a mediados de los años '20 los principales dirigentes contrarios a ella, habían sido expulsados. Fuera de él se había constituido en Bélgica la frac-

ción trotskista que daría lugar a la Izquierda Comunista Española pero también el Bloque Obrero y Campesino, que era, de hecho, una ampliación, ambigua por su conformación a medio camino entre partido político y organización de simpatizantes, de la Federación Catalano-Balear del PCE. Otras corrientes, que no habían pertenecido al PCE pero que discrepaban desde diferentes posiciones de la política seguida por este, como el Partit Comunista Catalá, surgirían a lo largo de los años '30 como oposición al partido nacional.

En las manos de la dirección estalinista, el PCE llevaría, a lo largo del periodo republicano, una política hasta tal punto caótica y contradictoria respecto a los problemas que planteaba la situación española que pasó de condenar la llegada de la República como un avance de la burguesía y exigir la conformación inmediata de soviets para que el proletariado realizase su revolución (como si estos organismos proletarios pudiesen ser creados por decreto) en 1931 a defender a esta misma República sólo un año después, en 1932, cuando el general Sanjurjo intentó dar un golpe de Estado y acabar, finalmente, siendo uno de los impulsores del Frente Popular en 1936 como amplia coalición de los partidos socialista y comunista con los llamados «burgueses progresistas». Estas oscilaciones no eran consecuencia de una dirección especialmente incapaz sino de una auténtica orientación política contra revolucionaria que venía inculcada a todos los partidos del mundo a partir del partido ruso completamente inmerso en una deriva oportunista que le llevó a sacrificar las necesidades revolucionarias del proletariado a favor de un acuerdo con las burguesías europeas según las exigencias de la política exterior del Estado ruso. El PCE, como el resto de los PCs, se encontró en la situación de seguir una política francamente contra revolucionaria que le llevó a defender, en cada giro importante de la situación española, los intereses de la burguesía frente a las tareas más inmediatas con las que hubiera debido lidiar un partido revolucionario consecuente. Ciertamente su influencia entre las masas proletarias era prácticamente nula antes de comenzar el periodo republicano y sus políticas y sus giros bruscos en la orientación táctica le alejaron aún más de estas a medida en que caían bajo la influencia cada vez mayor de la corriente anarquista que predominaba en CNT y de un Partido Socialista que hizo de la demagogia su

(sigue en pág. 12)

## ¿Dónde está Nin?

(viene de la pág. 11)

banderín de enganche. La propia experiencia política del proletariado español, de por sí muy reducida debido al considerable retraso que sufría en todos los ámbitos, no encontró en ningún momento un sustento teórico, político, programático y táctico en el PCE y de esta manera, el partido llegó con una fuerza real prácticamente nula a los meses previos a la Guerra Civil.

Desde su llegada a España, y este fue el motivo principal de su ruptura con Trotsky, Nin trató de solventar esta situación mediante la creación de un partido comunista nuevo que reparase los errores que, desde sus posiciones, entendía que el PCE había cometido a lo largo de su historia. Pero, tal y como la aparición de los partidos comunistas tras la Revolución Rusa y a partir del trabajo realizado por los bolcheviques de Lenin por restaurar el marxismo sobre sus bases correctas después de la defección de la socialdemocracia en la prueba de fuego de la I Guerra Mundial y su abandono definitivo del terreno revolucionario se realizó a través de un intenso trabajo de balance de las fuerzas materiales y los errores políticos que habían determinado esta desviación, es decir del oportunismo como fuerza histórica y no como corrupción moral, la situación, española y mundial, requería un trabajo en idéntico sentido para realizar el balance de la enorme derrota que el proletariado sufrió con el triunfo de la contra revolución. No se trata de dilucidar aquí si este balance podría haberse hecho con las fuerzas disponibles en España, no se juzga personas sino que se evalúan hechos. Y el hecho es que este balance en ningún momento se realizó.

El nuevo partido que Nin preconizaba apareció en 1935. Fue el POUM y se constituyó mediante la fusión del BOC, como fuerza mayoritaria, y de la mayoría de la Izquierda Comunista Española. De nuevo, la fusión se justificó por las «necesidades objetivas del momento» que exigían, según Nin, después de la insurrección de Asturias en 1934, la unificación de las distintas corrientes revolucionarias y se llevó a cabo sobre la premisa básica de defender la revolución proletaria frente al fascismo, pensando que el choque definitivo entre ambas estaba cerca y que, ni la pequeña burguesía ni los partidos socialista o comunista, podrían hacer frente a la reacción llegado el momento.

Los puntos esenciales que carac-

terizarían al nuevo partido eran:

*Primera: La revolución española es una revolución de tipo democrático socialista. El dilema es: socialismo o fascismo. La clase trabajadora no podrá tomar el Poder pacíficamente, sino por medio de la insurrección armada.*

*Segunda: Una vez tomado el Poder, establecimiento de la dictadura del proletariado. Los órganos de Poder presuponen la más amplia y completa democracia obrera. El Partido de la revolución puede, no debe ahogar la democracia obrera.*

*Tercera: Necesidad de la Alianza Obrera localmente y nacionalmente. La Alianza Obrera debe pasar necesariamente por tres fases. Primera, órgano de Frente Único, llevando a cabo acciones ofensivas y defensivas legales y extra legales; segunda, órgano insurreccional; y tercera, órgano de Poder.*

*Cuarta: Reconocimiento de los problemas de las nacionalidades. España quedará estructurada en forma de Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas.*

*Quinta: Solución democrática, en su primera fase, del problema de la tierra. La tierra para el que la trabaja.*

*Sexta: Ante la guerra, transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Ninguna esperanza en la Sociedad de las Naciones, que es el frente único del imperialismo.*

*Séptima: El Partido Unificado permanecerá al margen de la II y III Internacionales, fracasadas ambas, luchando por la unidad socialista revolucionaria mundial hecha sobre bases nuevas.*

*Octava: Defensa de la URSS, pero no favoreciendo su política de pactos con los estados capitalistas, sino por medio de la acción revolucionaria internacional de la clase trabajadora. Derecho de criticar la política de los dirigentes de la URSS que pueda ser contraproducente para la marcha de la revolución mundial.*

*Novena: Régimen permanente de centralismo democrático en el Partido Unificado.*

*Ya existe un partido- el Partido Obrero- que defiende con entusiasmo la tesis justa de la unidad. Esto constituye, no hay duda, un factor importante. Lo que precisa ahora es ganar a este punto de vista a los sectores realmente marxistas de los partidos socialista y comunista para que ambos, conquistados a la idea de un solo partido socialista revoluciona-*

*rio, se pronuncien por un Congreso de unificación marxista revolucionario.*

*(¿Qué es y qué quiere el POUM? Documento de su Comité Central de 1936, extraído de Víctor Alba, La revolución española en la práctica, Ediciones Júcar, 1977)*

Como puede observarse, la base del POUM desde el primer momento es la consigna de la unidad y a ella se sacrifica el trabajo de balance revolucionario del desarrollo de la situación en España, Europa y el mundo, desde el comienzo de la oleada revolucionaria de 1917 hasta la degeneración oportunista de los partidos comunistas y el triunfo de la contra revolución en Rusia. A esta unidad se trata de acercar a las partes llamadas sanas del PSOE y del PCE, entendiendo de esta manera que no es necesario tanto un esfuerzo por clarificar las diferencias entre los distintos partidos que se reclaman del marxismo, diferencias para nada casuales sino producto de un férreo determinismo histórico que configura a los partidos con una fisonomía determinada y no con otra, sino un ejercicio de buena voluntad del cual el POUM sería su primera plataforma. El desarrollo posterior de los acontecimientos en España confirmará la posición según la cual los partidos socialista y comunista eran ya imposibles de reorientar, habiéndose pasado por entero al campo de la contra revolución, y no podía contarse, de ninguna manera, con la vuelta de fracciones enteras o de la totalidad de estos hacia el terreno revolucionario.

Se ha explicado más arriba las contradicciones que suponía la afirmación «revolución democrático-socialista», el intento de hacer asumir por parte de un partido pretendidamente marxista y revolucionario un análisis de la situación española que chocaba claramente con los datos que aportaba la realidad. Pero, en este programa del POUM se va aún más lejos. Revolución democrático-socialista contra fascismo, es decir, defensa por parte del proletariado de la democracia contra el fascismo. El fascismo ha sido, históricamente, el gobierno dictatorial de la burguesía, adoptado para hacer frente a la ofensiva proletaria dirigida por un partido comunista fuerte, como fue el caso italiano. Este gobierno dictatorial, que supuso la concentración de las fuerzas burguesas para quebrar la lucha de clase proletaria, representa una continuidad absoluta con los gobiernos de tipo democrático y su adopción no cambia un ápice el contenido histórico del gobierno despótico que la burguesía ejerce sobre la clase trabajadora. Oponerle, por tanto, la

lucha en defensa de la democracia, algo en perfecta consonancia con las directrices dadas por el estalinismo (que encontró en la defensa de la democracia la piedra de toque para introducir entre los proletarios la renuncia a su lucha revolucionaria) implica realizar un seguidismo perfecto de la política que entonces promovía el PCE en su defensa del Frente Popular. De hecho, la misma consideración de la necesidad de una lucha democrática revolucionaria, que implica una alianza con las clases medias, en este caso reforzada por el antifascismo como divisa, llevó al POUM, siempre bajo la

consigna de la unidad, a dar su apoyo a la coalición de partidos que finalmente se llevó a cabo en el año '36. Ciertamente, en toda esta perspectiva programática, se nota la ausencia de un análisis en profundidad del alcance de la contra revolución que se ceñía entonces sobre el proletariado mundial.

La conclusión natural de estas posiciones se ven al examinar la posición del POUM acerca de los puntos esenciales que aparecerán desgarradamente en los años siguientes a la publicación de su programa: la cuestión de la guerra y del poder. Para el mar-

xismo revolucionario la clase proletaria aparece como tal cuando se constituye en partido político, es decir, cuando se dota de una posiciones autónomas respecto a la de cualquiera de las otras clases sociales para defender sus intereses históricos por encima de las situaciones particulares por las que puede atravesar. Este partido, el partido comunista, lucha por la toma del poder político, por el ejercicio de la dictadura proletaria a través de la cual puede luchar despiadadamente contra el resto de clases, eli-

(sigue en pág. 14)

## SUMARIOS DE «EL PROGRAMA COMUNISTA» Órgano del partido comunista internacional

### No 44 - Mayo de 2001

- • ¡A los proletarios de hoy! ¡A los camaradas de mañana!
- • La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista (1)
- • Siguiendo el hilo del tiempo: Brújulas locas
- • En defensa de la continuidad del programa comunista (6): Tesis características del partido (1951)
- • El capitalismo soviético en crisis (Fin)
- • Volante: ¡No a la intervención imperialista en Yugoslavia! ¡Abajo todos los nacionalismos y todas las opresiones burguesas!
- • Volante: Repuesta a «Rouge», a «Le Monde», a «Le Figaro», a «Libération», etc. Auschwitz o la gran coartada: lo que nosotros negamos y lo que nosotros afirmamos.

### No 45 - Septiembre de 2004

- • Los Estados Unidos de América en el límite de dos épocas
- • ¡Irak es el mundo!
- • ¡Internacional y mundial es el capitalismo; internacional y mundial será la lucha proletaria anticapitalista de clase!
- • Chile, a treinta años de distancia
- • ¡El golpe de Estado fallido en Venezuela es una advertencia al proletariado! - Puntos de referencia marxistas acerca del imperialismo y el terrorismo - En defensa de la continuidad del programa comunista (7): Consideraciones sobre la actividad orgánica del partido cuando la situación general es históricamente desfavorable (1965)
- • Auschwitz o la Gran Coartada - La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista (2)
- • *Los fabricantes de iconos a la obra:* Creación de la "Fundación Amadeo Bordiga"

### No 46 - Diciembre de 2005

- • Lo que distingue a nuestro partido
- • Europa: lupanar burgués, galera proletaria - Crítica de la C.C.I. : Introducción
- • La Corriente Comunista Internacional: A contracorriente del marxismo y de la lucha de clase
- • La C.C.I. o la oposición al poder revolucionario proletario. A propósito de Cronstadt. Violencia, terror, dictadura, armas indispensables del poder proletario
- • *A prueba de luchas de clases: el carácter anti-proletario de las posiciones del C.C.I. :* (1) La C.C.I. contra la organización de la clase obrera / (2) La C.C.I. contra las huelgas / (3) A propósito de Adelshoffen, Cellatex... La C.C.I. : un ejemplo a no

seguir / El purismo como máscara de adaptación al social-chauvinismo.

### No 47 - Julio de 2007

- • Futuro del capitalismo: ¿Bienestar y prosperidad? No: Crisis económicas y miseria creciente del proletariado, cada vez y siempre más numeroso y oprimido en el mundo
- • En defensa de la continuidad del programa comunista (8)
- • Tesis suplementarias sobre la tarea histórica, la acción y la estructura del partido comunista mundial (Milán, Abril 1966)
- • Tesis sobre la tarea histórica, la acción, y la estructura del partido comunista mundial, según las posiciones que desde hace más de medio siglo forman el patrimonio histórico de la Izquierda Comunista (Nápoles, Julio 1965)
- • Contra la represión en Oaxaca: ¡lucha proletaria anticapitalista!
- • Un terrible tsunami en el sudeste asiático provoca centenares de miles de víctimas
- • Todas las autoridades sabían perfectamente lo que estaba sucediendo, pero nadie actuará
- • Los 4 países más devastados por el tsunami del 26 de diciembre 2004
- • Crónica Negra y catástrofes de la moderna decadencia social (Técnica descarriada e indolente gestión, parasitaria y rapaz)
- • La emigración y la revolución mundial: ¡Por la unidad del proletariado internacional!
- • Unión Sagrada para condenar las revueltas de los suburbios
- • Palestina, el Líbano: ¡Sionismo asesino, imperialismos y Estados árabes cómplices!
- • La misión de los cascos azules es puramente de guerra imperialista: ¡ni un solo casco azul al Líbano!
- • La guerra imperialista en el ciclo burgués y en el análisis marxista (Fin)

### No 48 - Enero de 2009

- • El Partido de clase del proletariado frente a la actual crisis económica del capitalismo mundial
- • Estado de «guerra permanente» y lucha de clase revolucionaria
- • El Centralismo Orgánico
- • China: particularidad de su evolución histórica
- • Siguiendo el hilo del tiempo: Homicidio de los muertos
- • Pese a sus crisis: ¡El capitalismo no se derrumbará sino bajo los golpes de la lucha proletaria!
- • Israel masacra a los palestinos por cuenta propia y por cuenta de las potencias imperialistas mundiales

### No 49 - Septiembre de 2011

- • Presentación
- • Las revueltas en

países árabes y el imperialismo

- • Crisis capitalista, luchas obreras y partido de clase
- • León Trotsky: Informe sobre la crisis económica mundial y las tareas de la Internacional Comunista
- • La «cuestión china»
- • Hace cuarenta años moría Amadeo Bordiga
- • El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (1) (Informe a la Reunión General del Partido, en Florencia, del 30 de abril al 1° de mayo de 1967)

### No 50 - Septiembre de 2013

- • Presentación
- • Bajo el mito de la Europa unida se incuban los antagonismos entre las potencias imperialistas y maduran, inexorablemente, irremediables enfrentamientos que llevan hacia la tercera guerra mundial si la revolución proletaria no lo impide
- • La «cuestión china» (II)
- • Amadeo Bordiga - Siguiendo el hilo del tiempo: La doctrina del diablo en el cuerpo
- • Las dos caras de la revolución cubana
- • El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (2) (Informe a la Reunión General del Partido en Florencia - del 30 de abril al 1° de mayo de 1967)

**Precio del ejemplar:** 3 €; América latina: US\$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs.  
**Precio solidario:** 6 €; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs.  
**Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

NÚMERO 50		Septiembre de 2013	
<b>el programa comunista</b>			
ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL			
EN ESTE NÚMERO			
• Presentación			1
• Bajo el mito de la Europa unida se incuban los antagonismos entre las potencias imperialistas y maduran, inexorablemente, irremediables enfrentamientos que llevan hacia la tercera guerra mundial si la revolución proletaria no lo impide			2
• La «cuestión china» (II)			17
• Amadeo Bordiga - Siguiendo el hilo del tiempo: La doctrina del diablo en el cuerpo			34
• Las dos caras de la revolución cubana			39
• El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (2) (Informe a la Reunión General del Partido en Florencia del 30 de abril al 1° de mayo de 1967)			45
<small>LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx, Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Inquietud Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del socialismo en un solo país y el controrrevolucionario estalinismo; el rechazo de los Frontes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el príncipe y la praxis demócrata, contra el intervencionismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la obra de restauración de la doctrina marxista del programa revolucionario por cuestiones de partido y de clase; - en construcción, contra el oportunismo y la lucha contra la resistencia al capitalismo y la opresión burguesa, fuera del partido personal y electorales, contra todo forma de indiferencia, oportunismo, oportunismo y oportunismo; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo internacional, el apoyo a todos los esfuerzos de organización de la clase del proletariado sobre el terreno del internacionalismo proletario en la perspectiva de la transición a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.</small>			
<small>Precio del ejemplar: Europa: 3 €; 2 £; 8 FS; 25 Krs; América latina: US\$ 1.5; Canadá y USA US\$ 3</small>			

## ¿Dónde está Nin?

(viene de la pág. 13)

minar su resistencia y liquidar los residuos de su anterior fuerza política. A través de él, igualmente, puede intervenir despóticamente sobre la economía, combatiendo por llevar a cabo una serie de medidas que permitan poner en marcha la transformación socialista de la sociedad. Si el partido comunista se apoya sobre las organizaciones de la clase proletaria, como lo fueron en Rusia los soviets, órganos del Estado proletario a través de los cuales el partido pudo ejercer sus funciones directivas, esto no implica que aquellos órganos puedan sustituir al partido. Pero estos órganos proletarios, efectivamente órganos de poder, lo son en la medida en que suponen la organización de la clase proletaria en estructuras que permiten abarcar el conjunto de la producción y de la reproducción social y, en ningún caso, puede admitirse que sean una simple representación de los distintos partidos que dicen representar al proletariado.

El POUM, consideraba en su programa que las Alianzas Obreras representaban para España lo que los soviets habían supuesto para Rusia. Pero existe una diferencia fundamental e insalvable que anula por completo esta comparación y da cuenta de la profunda desviación del POUM respecto del marxismo revolucionario que encarnaron los bolcheviques. Las Alianzas Obreras (AO) fueron organismos mixtos constituidos por partidos y sindicatos que coordinaban, más mal que bien, a las cúpulas dirigentes de estos para lograr objetivos comunes. Por lo tanto, en ellas se encontraban representadas tendencias políticas de todo tipo, desde la anarcosindicalista hasta la estalinista pasando por la socialdemocracia. Tendencias que poco o nada tenían de revolucionarias y que, por supuesto, se encontraban a kilómetros luz de distancia del programa revolucionario que debería haber mantenido un partido comunista que se prepara, como afirma el POUM, para la revolución. ¿Resultaba posible combinar la lucha revolucionaria con el gradualismo socialdemócrata y con las fuerzas contra revolucionarias del estalinismo? Obviamente no. Pero para el POUM las tareas de la «revolución democrática socialista» y de la lucha contra el fascismo, exigían una amplia alianza con fuerzas de distintos orígenes y objetivos que, en última instancia, permitiesen lograr la unidad de fuerzas que se suponían alejadas no

por una cuestión de principios revolucionarios sino por errores de táctica e incluso morales.

Su participación en el Frente Popular fue la conclusión natural de la defensa del POUM de las Alianzas Obreras. Pero, más allá, la participación de este partido en los organismos antifascistas y, después, en el gobierno de la Generalitat (a través de Nin, que fue Consejero de Justicia) resultó una evolución lógica de esta política. De esta manera, se pasó de la defensa del frente único político con socialistas, estalinistas (y después con nacionalistas y republicanos) pero conservando aún la declaración formal de que el poder debía tomarse para el proletariado, a la renuncia definitiva de esta perspectiva y la participación en el gobierno local que, naturalmente, defendía los intereses de la burguesía en todas sus facetas. El POUM se apartó, de esta manera, de la doctrina marxista restaurada por Lenin en «*El Estado y la Revolución*», que define claramente la necesidad de que el partido comunista dirija de forma monolítica la revolución proletaria y lucho en todo momento contra cualquier forma de poder político que no se corresponda con el que supone la dictadura del proletariado.

Una de las tareas, la principal después de la restauración del orden que la sublevación proletaria había puesto en cuestión sobre todo en Barcelona, que el gobierno de la Generalitat en el que el POUM participó, fue la de dirigir los esfuerzos bélicos republicanos contra los militares sublevados. Se trataba, sin duda, de una guerra imperialista, en la que el destino de España se colocaba como pieza en el tablero de la lucha entre

las grandes potencias europeas que participarían, a su fin, en la II Guerra Mundial. ¿Dónde quedó la «conversión de la guerra imperialista en guerra civil» del programa poumista? En su defensa de uno de los dos bandos en liza, el republicano, apoyado por la URSS contra el nacional que a su vez recibía apoyo italo germano. La claudicación en este punto fue tan grande como el abandono de las posiciones marxistas. Marx, en nombre del Consejo General de la Internacional, había escrito refiriéndose a la guerra franco-prusiana de 1870-71:

*«La empresa más heroica que aún puede acometer la vieja sociedad es la guerra nacional. Y ahora viene a demostrarse que esto no es más que una añagaza de los gobiernos destinada a aplazar la lucha de clases, y de la que se prescindir tan pronto como esta lucha estalla en forma de guerra civil. La dominación de clase ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional; todos los gobiernos nacionales son uno solo contra el proletariado»* (Marx, Obras escogidas, Ediciones Progreso, vol. II)

Y esta fue la orientación que los bolcheviques dieron a su lucha contra el Estado ruso durante la I Guerra Mundial, perfectamente consignada bajo la fórmula «derrotismo revolucionario». El POUM no hizo, por tanto, sino colocarse debajo del paraguas del antifascismo democrático, cooperar con el burguesísimo gobierno republicano y contribuir por tanto a la derrota del proletariado. Y este giro táctico, que Nin pretendía fruto de una situación complejísima, estaba ya contenido en su programa desde el momento que aceptó la consigna de frente único político, con la cual sacrificaba su independencia y la posibilidad de asumir un programa francamente revolucionario.

### LOS EPÍGONOS DE NIN, MANOS A LA OBRA

Para nosotros estas consideraciones no se acaban en el terreno de la doctrina abstracta. La fuerza de un partido, como precisamente se muestra hoy, en un periodo de fortísima depresión contra revolucionaria, no reside tanto en su capacidad numérica como en la claridad y la coherencia de sus posiciones teóricas, políticas y programáticas. Estas suponen la base de la preparación de las condiciones revolucionarias de periodos más favorables en el terreno de la lucha de la clase proletaria. No se trata por tanto, de realizar disquisiciones retóricas para afirmar la justeza a posteriori de unas posiciones, sino de realizar un balance dinámico conti-

nua de las condiciones del triunfo de la contra revolución burguesa. Los partidos, sus programas y, también, sus errores, no son actos de la voluntad humana como pretende la ideología burguesa. Se encuentran determinados por fuerzas históricas ineludibles y representan otras fuerzas, las fuerzas materiales que hacen igual de ineludible para la humanidad la revolución comunista, que luchan por salir a la superficie de este mundo podrido. Nuestra defensa del revolucionario Andrés Nin, pese a las diferencias que entonces mantuvimos con sus posiciones, es la defensa de la revolución proletaria contra sus enemigos jurados, los mismos que le

desollaron vivo antes de matarle. Y, de la misma manera que le defendemos exponiendo estas diferencias, le defendemos combatiendo las posiciones de quienes, en su nombre, con homenajes en el Parlament, pretenden un nuevo reagrupamiento de corrientes y fuerzas políticas que se reclaman marxistas con otras abiertamente burguesas. Entre ambas se encuentran los herederos políticos de los asesinos de Nin, Trotsky y tantos otros revolucionarios y donde estos sedicentes revolucionarios ven un paso favorable a la subsanación de errores pasados y a la reconciliación entre posiciones que sólo por «error» se encontrarían enfrentados, nosotros sólo vemos el penúltimo esfuer-

zo por escamotear al proletariado la el balance de su lucha de clase, de sus revoluciones y, sobre todo, de las contra revoluciones.

Izquierda Anticapitalista, el Partido Obrero Socialista Internacional, y tantos otros que han participado en el homenaje a Nin patrocinado por la burguesía catalana, sellan con esta participación su posición contraria a la lucha revolucionaria, buscando una unidad, la misma que llevó al POUM a sus grandes errores históricos y a su misma liquidación como partido, que únicamente logra colocar al proletariado a la cola de sus enemigos de clase. Resulta imposible que el PSUC o Esquerra Republicana de Catalunya, reconozcan nin-

gún error. Defendían entonces, como lo hacen hoy, el sistema capitalista y la dictadura de la burguesía, si bien entonces lo hicieron con las armas en la mano contra un proletariado levantisco y hoy lo hacen mediante el gobierno democrático. Y mañana se volverán a deshacer de su careta conciliadora y volverán a luchar con todos los medios a su alcance contra los proletarios. Son los epígonos de Nin los que quieren, de cara a la burguesía, lavar cualquier rastro de su relación con la lucha comunista, ofreciéndose como un buen soporte para que, en tiempos de crisis y de inestabilidad política, la burguesía mantenga su influencia sobre la clase proletaria.

## Sobre nuestro trabajo de partido en los organismos inmediatos

A la hora de asumir el trabajo del partido en todos sus ámbitos, siempre partimos de dos consideraciones básicas. La primera requiere entender que, si bien el Partido Comunista constituye el órgano revolucionario de la clase proletaria, es decir, es el organismo que reúne a los elementos dispuestos a luchar por el triunfo de la revolución proletaria más dispuestos y que colocan por encima de cualquier objetivo contingente el objetivo final de la lucha de la clase proletaria, que es la transformación socialista de la sociedad a través del ejercicio despótico y dictatorial del poder político, las fuerzas físicas de las que dispone este en un momento concreto del enfrentamiento entre clase no dependen de un acto de voluntad de sus militantes, entendidos como colectivo o individualmente, sino de la cristalización dialéctica de una situación histórica, que puede ser favorable para la lucha de la clase proletaria en algunos casos o desfavorable, en la mayoría. El número de militantes del que dispone, la influencia que ejerce sobre simpatizantes y elementos próximos y su misma capacidad de intervención sobre la vida social del proletariado, se encuentran marcados, por lo tanto, por el hecho de que, si bien el partido comunista es factor de la historia, también es producto de esta. Su fuerza, que acompañará a la historia en el paso de las situaciones objetivamente desfavorables a la lucha revolucionaria del proletariado otros mejores, reside no tanto en factores como el número, que está fuera de su alcance violentar, cuanto de su coherencia teórica, política y programática, es decir, de la fuerza doctrinal del marxismo revolucionario y de su defensa de la tradición histórica de la

lucha comunista. Esta lucha, reducida en épocas desfavorables a ser llevada a cabo por una pequeña cantidad de militantes, es vital en la medida en que sólo a través de ella podrá determinarse la creación de las condiciones subjetivas para el paso de *las armas de la crítica a la crítica de las armas*.

En segundo lugar, ni en las mejores situaciones para la lucha proletaria, aquellas en las que el partido ha tenido gran ascendente entre la clase obrera organizada y en las que esta se ha mostrado tendente a llevar a sus últimas consecuencias la lucha revolucionaria, ni mucho menos en aquellas, como la actual, que se caracterizan por la depresión de la lucha incluso en los ámbitos más reducidos, el partido tomará como criterio para evaluar su trabajo la consecución de resultados inmediatos, en el sentido de lograr más adherentes, más influencia, etc. Este punto se deriva del primero, pero no debe entenderse nunca como una renuncia al trabajo del partido en los ámbitos *externos* de su existencia, como puede serlo el terreno del asociacionismo proletario, del proselitismo, etc. También en estos ámbitos la principal fuerza del partido reside en la defensa coherente que hace de las posiciones históricas del marxismo revolucionario frente a cualquiera de los problemas que se plantean en la lucha entre clases y basa en ella su trabajo, motivo por el cual las corrientes y los partidos políticos que se pretenden proletarios y revolucionarios y que ponen como condición para serlo llegar al mayor número de trabajadores sacrificando la coherencia política, le verán como un órgano inmovilista. Nada más lejos de la

realidad. Si el partido en épocas desfavorables abarca a estratos sumamente reducidos de la clase proletaria es porque estas épocas se caracterizan por una fuerte indisposición material hacia la lucha de clase y, por lo tanto, hacia las posiciones revolucionarias y, por lo tanto, estas serán minoritarias en todos los estratos de la sociedad. El partido, que en estos momentos lucha más que nunca contra la corriente pero a favor del sentido de la historia (la cual marcha irremediabilmente desde el comunismo primitivo hasta la fase superior del comunismo, la sociedad sin clases, pasando por la terrible época del capitalismo triunfante y el régimen de terror contra revolucionario de la burguesía), nunca encontrará en los baremos cuantitativos un reflejo de la profundidad de su trabajo, que es esencialmente cualitativo, de ligazón entre el pasado revolucionario del proletariado y un futuro que también deberá serlo y que nunca se alcanzará sin la preparación adecuada de su vanguardia clasista.

Estas dos constantes, unidas al hecho de que el partido comunista no crea la lucha de la clase proletaria, que aparece espontáneamente debido a las contradicciones que son congénitas a la sociedad dividida en clases, sino que lucha por dirigirla, permiten entender el sentido de nuestro trabajo externo en los organismos inmediatos que aparecen en determinados momentos de esta lucha.

El trasunto de la organización obrera inmediata, aquella que surge en el terreno de la defensa de las condiciones de existencia de los proletarios en

(sigue en pág. 16)

## Sobre nuestro trabajo de partido en los organismos inmediatos

(viene de pág. 15)

el puesto de trabajo, entre los parados, en los barrios obreros, etc. es la lucha obrera. Esta lucha agrupó en los inicios del capitalismo a los primeros proletarios para defenderse de las condiciones de trabajo y de vida que el capital les imponía en forma de salarios de hambre y desempleo cíclico. Se constituyeron las agrupaciones sindicales de oficio, ramo e industria, así como otras no estrictamente sindicales que luchaban por imponer las necesidades del proletariado en ámbitos de su existencia como eran la vivienda, la comida, etc. El auge de la lucha de clase proletaria favoreció su crecimiento y su extensión hacia estratos cada vez más amplios de trabajadores constituyéndose grandes organizaciones obreras que llegaron a tener una fuerza, gracias a la lucha de sus miembros, frente a la patronal y el Estado burgués. Estos grandes sindicatos representaban, de hecho, a la clase obrera organizada y a través de ellos el partido de clase pudo ejercer su influencia sobre capas considerablemente importantes, por fuerza y número, de los trabajadores. Si bien se encontraron, casi sin excepción, dominados en la cúspide por las fuerzas reformistas del movimiento obrero, en todas las asociaciones y las organizaciones de base obrera, de las cooperativas a las sociedades de socorro y los sindicatos, latía una vida proletaria de gran empuje que, llegado el momento de las convulsiones del mundo burgués, aparecidas con la I Guerra Mundial y el periodo de crisis revolucionaria abierto con el triunfo en Rusia de la primera revolución comunista, constituyó una fuerza de combate contra el orden capitalista de primera magnitud.

Posteriormente, el triunfo de la contrarrevolución, llevado a cabo por las fuerzas burguesas concentradas bajo las formas fascista y democrática y ayudadas sin ambages por la política estalinista que triunfó en Rusia y en todos los partidos comunistas de Europa, América y Asia, tuvo como primer objetivo descabezar a la vanguardia política revolucionaria del proletariado, es decir, a las corrientes de izquierda de los partidos adherentes a la Internacional Comunista que afrontaban la lucha de clase sobre el terreno político y, por lo tanto, superaban cualquier restricción de sector, categoría o nación dentro de esta lucha. Otro gran objetivo de esta contrarrevolución fue la destrucción de los organismos obreros, principalmente de los organismos obreros clasistas, principal-

mente de los sindicatos, mediante su integración en el aparato del Estado burgués. Así sucedió en Italia, en Alemania y también en España, donde tanto en el bando republicano durante la Guerra Civil (cuando la sindicación se volvió obligatoria por imperativo legal y los líderes de CNT y UGT participaron en el Estado y en los sucesivos gobiernos) como en el bando franquista vencedor (que ofreció, de hecho, a los líderes moderados de los sindicatos participar en la constitución del sindicato vertical) se instituyó un corporativismo sindical de Estado como manera de dominar a los proletarios.

Esta fase de inclusión de los sindicatos en la organización del Estado burgués abarca todo un periodo histórico que aún no ha terminado y que se completa con la reducción a una fuerza numérica modestísima del partido comunista revolucionario. En el caso español, el carácter dictatorial del gobierno burgués, que aún en 1975 aplicaba la pena de muerte sobre los revolucionarios (aunque sólo sobre aquellos que no participaban en la oposición tolerada de liberales y estalinistas), volvía muy evidente, en la vida cotidiana de los proletarios, el carácter anti obrero del sindicato único. Si bien desde los años '60 el Partido Comunista de España, completamente dominado por el estalinismo de los Carrillo y Pasionaria, preconizaba la integración de los grupos obreros organizados en el sindicato vertical, la generación de obreros emigrados del campo a las ciudades en pleno boom del desarrollismo y la industrialización, no tuvo otro remedio que organizarse fuera y contra el sindicato único para hacer valer sus reivindicaciones. Durante el periodo que va de 1962 hasta ya entrada la democracia, los proletarios españoles demostraron con sus actos que la lucha obrera aparece, siempre y en cualquier circunstancia, como un hecho natural en el capitalismo, tendiendo a romper todos los corsés que, como el sindicato único, se le imponen por parte de la burguesía para controlarla. Existe toda una tradición de lucha obrera en organismos no sindicales, es decir, fuera del control de las organizaciones sindicales integradas en el Estado burgués, que, condicionada por una ilegalidad que hacía evidente el enfrentamiento directo con este Estado y sus fuerzas conciliadoras, dio lugar al nacimiento de las comisiones obreras, de las grandes asambleas de trabajadores en Ferrrol y Vitoria y otros muchos ejemplos de lucha obrera organizada que, sin

llegar a constituir un fenómeno de la profundidad del que sacudió el mundo capitalista en los años '20, sí destruyó todas las teorías que defendían la integración del proletariado en el mundo burgués a través de organizaciones legalmente reconocidas.

Hoy este ciclo ha acabado. La crisis capitalista de los años '70 no tuvo el alcance necesario para destruir la base material del control de la burguesía sobre los proletarios y los amortiguadores sociales cumplieron el doble papel de tranquilizar a estos y de reforzar a los sindicatos legalizados por la joven democracia, que aparecen, cada vez más, como gestores de estos amortiguadores, por exiguos que sean ya, y no como organizadores de los trabajadores. Este hecho, que se muestra en la práctica diaria mediante el papel de abiertos enemigos de la lucha obrera que asumen en todos los ámbitos (laboral, social, etc.), fuerza irremediablemente a los proletarios a unirse, en muchas ocasiones, fuera de sus redes para poder luchar eficazmente y para poder mantener en el tiempo su fuerza organizada. Como hemos señalado, este hecho no es nuevo, está señalado por nuestro partido en la historia del movimiento obrero como algo muy relevante en el decurso de la lucha de clase proletaria. No se trata de que afirmemos, en ningún punto, que estos organismos que aparecen al calor de las luchas espontáneas sean la opción a elegir por los trabajadores en lugar de los grandes sindicatos integrados en el Estado. Ni tampoco de que veamos en esta fórmula organizativa la salida a largos años de depresión de la lucha clasista, algo que sólo llegará a través de durísimos altibajos que no pueden ser atajados. Pero las organizaciones inmediatas de los trabajadores del tipo comités de lucha, plataformas reivindicativas, cajas de resistencia, etc. son sin duda objeto de la máxima atención para los comunistas internacionalistas y por ello asumimos, allí donde nuestras fuerzas nos lo permiten, un trabajo en su seno coherente con nuestras posiciones.

Por supuesto, este trabajo no es sencillo, en el sentido de que no puede ser logrado sin un esfuerzo asumido por el órgano-partido de manera colectiva para afrontar las distintas situaciones que se presentan a lo largo de la, no siempre larga, vida de estos organismos inmediatos, de manera que se pueda dar una respuesta coherente a los problemas que en ellas se plantean.

Hemos dicho ya que la aparición de organismos con formas no sindicales, es decir, no circunscritos al ámbito del sindicalismo de fábrica o de sector por estar fuera de la estructura de este, no resuelve, de por sí, las limitaciones que

existen hoy a la lucha de los proletarios sobre el terreno inmediato. De hecho, estos se plantean con el mismo vigor, si bien bajo formulaciones menos evidentes, que en el ámbito sindical propiamente dicho.

En primer lugar, la propia debilidad de la clase proletaria, representada en su falta de tradición de lucha y en su escasa experiencia organizativa, se manifiesta en estos organismos a través de su falta de estabilidad. Suelen aparecer en momentos de flujo de una lucha particular y difícilmente logran sobreponerse al fin de esta, ya sea un fin victorioso o una derrota. De esta manera, a menudo los trabajadores pasan por estas organizaciones durante un periodo limitado de tiempo y, después, la organización misma tiende a reducirse o a desaparecer por la merma en sus miembros. El hecho de que no exista una organización a más amplia escala de los proletarios, es decir, que estos organismos sean pequeñas gotas de agua en un océano, provoca que no se encuentre, en muchos casos, el sentido de la permanencia. Pero a esto hay que añadir un factor considerablemente más profundo como es el peso de la costumbre adquirida a la colaboración entre clases. Si aparece un conflicto puntual, ante la derrota que prometen los sindicatos amarillos, es normal ver a trabajadores luchar por constituir una referencia para otros trabajadores del entorno más inmediato. Pero desaparecido este conflicto parece no existir razón para continuar con ella porque no existe una noción generalizada de la necesidad de organizarse permanentemente para el conflicto permanente que existe entre burguesía y proletariado. La solidaridad de clase se reduce a situaciones muy específicas y, si bien cobra gran fuerza en ellas, desaparece rápidamente, dejando nuevamente el campo libre a la competencia entre proletarios que es el principal factor de la fragmentación del proletariado y de su impotencia general en el enfrentamiento con los ataques del capital a sus condiciones de existencia.

Por otro lado, el peso que existe entre el proletariado del hábito de la colaboración entre clases, se refleja, como en cualquier otro ámbito, en la fuerza que las corrientes oportunistas cobran en estos organismos. Muchas veces esto no se produce ni siquiera mediante la entrada, en las organizaciones obreras, de partidos o grupos de la llamada izquierda para controlarlas. Sucede espontáneamente que los proletarios tienden a agruparse bajo consignas y reivindicaciones completamente ajenas a la lucha de clase que, finalmente, tienen su proyección negativa sobre la organización en la medida en que imponen límites que esta

difícilmente puede superar. Estas consignas o reivindicaciones que, como decimos, tienen su repercusión incluso sobre la forma organizativa, tienen un doble valor. Por un lado representan la tendencia natural a luchar, adoptando la forma de hacerlo que existe en el ambiente social y en este sentido representan un hecho positivo. Pero el reverso dialéctico de esto consiste en que ahogan, incluso antes de desarrollarse, las perspectivas de lucha de estos organismos constriéndolos desde un principio a límites muy próximos a los que las grandes (y pequeñas) organizaciones sindicales colaboracionistas, luchan por imponer. Un vector de gran importancia en la introducción de estas prácticas oportunistas lo constituyen las tendencias libertarias, más o menos organizadas, que trabajan en estos organismos inmediatos. Ellas sí defienden que la formulación de estos constituye ya una ruptura con la derrota permanente que padecen los proletarios y hacen recaer en su estructura, llamada a veces horizontal, otras asamblearia, pero siempre aceptando un término fetiche que escamotea el análisis dialéctico de su verdadero valor, la salvación para la clase trabajadora. Para nosotros, comunistas revolucionarios cuyo medio natural es la lucha de clase proletaria, la apertura de estos organismos proletarios a *todos* los proletarios, y *sólo a los proletarios*, de cualquier credo político al cual pertenezcan, defendemos también la práctica política de las tendencias proletarias presentes en estos organismos, y por lo tanto también la nuestra. Para nosotros el método democrático utilizado en la práctica organizativa y asamblearia de estos organismos es un *accidente* necesario, un paso necesario con el fin de que los proletarios reconquisten experiencias directas en la conducción de la lucha de defensa organizada, de cuyas exigencias se generen las vanguardias clasistas en condiciones de dar y mantener en el tiempo las líneas reivindicativas de lucha en torno a las cuales desarrollar métodos y medios de lucha clasistas. La reconstitución de asociaciones económicas de clase —porque de esto tiene necesidad la clase proletaria para combatir eficazmente contra la presión y la represión burguesa, que tomen la forma ya conocida de los sindicatos de otro tiempo o formas nuevas que sólo el desarrollo de la lucha de clase podrá parir, pasa necesariamente por estas experiencias por las cuales el partido comunista revolucionario es llevado a emplear sus propias fuerzas con la consciencia de que su objetivo no es el de transformar a sus propios militan-

tes en «sindicalistas», ni el de «construir» sindicatos «comunistas», sino el de llevar a la lucha proletaria inmediata la experiencia *histórica* de la lucha proletaria de clase y el resultado del *balance* histórico sacado del curso de las revoluciones y de las contra revoluciones. La influencia que el partido comunista revolucionario busca conquistar y expandir en las filas proletarias se basa en factores no *ideológicos*, sino políticos y, por lo tanto, materiales: los comunistas revolucionarios deben demostrar con sus indicaciones y su acción que son los más coherentes y fiables defensores de los intereses exclusivamente proletarios en la lucha inmediata como en la lucha política más amplia y general. Y es por esto que propagan en las filas proletarias objetivos, métodos y medios de la lucha de clase oponiéndolos sistemáticamente a los objetivos, a los métodos y a los medios de la colaboración interclasista que caracterizan la política y la práctica de todas las organizaciones oportunistas.

Gracias a la teoría marxista y al balance histórico del largo curso de las luchas de clase y revolucionarias, a través de victorias y muchas derrotas, los comunistas revolucionarios saben utilizar las lecciones del pasado para anticipar los movimientos del enemigo de clase y, en cualquier caso, para contrastarlos del modo más eficaz, señalando a tiempo los peligros representados por las cesiones y por las ilusiones del oportunismo político y sindical.

Entre los organismos de lucha inmediata del proletariado y el partido proletario de clase hay una diferencia sustancial. A los organismos de lucha inmediata se adhieren los proletarios en cuanto *trabajadores asalariados*, de cualquier fe política o religiosa; tienen en común el interés de defender sus condiciones inmediatas de vida y de trabajo, aún limitadas a una empresa y contra un solo patrón, y es una lucha que interesa objetivamente a todos los proletarios, al margen del sexo, de la raza, de la nacionalidad de origen o de que estén inscritos o no a un partido, al margen de las creencias o de las ideas que tengan en la cabeza. Los organismos de lucha inmediata conquistan una fuerza mayor en la medida en que son independientes de las fuerzas del colaboracionismo y de los aparatos estatales y organizan a un gran número de proletarios adoptando sistemáticamente métodos y medios de lucha clasista sea contra el capitalista individual o contra las asociaciones de capitalistas privadas o públicas. Los organismos de lucha inmediata, en las diversas for-

( sigue en pág. 18 )



preciosas porque representan materialmente experiencias prácticas que pueden desarrollarse positivamente; a estas experiencias el partido comunista revolucionario se une para llevar su propia contribución en la perspectiva de reforzarlas. El aislamiento de las luchas y de las tentativas de organización clasista favorecen, obviamente la obra del colaboracionismo y del oportunismo reformista cuyo interés es el de destruir estas tentativas para mantener al proletariado bajo su control. La lucha, por tanto, no deberá defenderse sólo de los ataques de los capitalistas a las condiciones de vida y de trabajo proletarias, sino también de los ataques tanto de los burgueses como de las fuerzas de la conservación social y del colaboracionismo interclasista (partidos «de izquierda», sindicatos tricolores, organizaciones de base religiosa, etc.) contra las *condiciones de lucha* del proletariado. Sobre el proletariado, por tanto, desde el exterior, insiste sistemáticamente la burguesía con sus instituciones y sus aparatos estatales y las fuerzas del colaboracionismo y del oportunismo obrero. Contra el despotismo de la burocracia sindical y política de estas fuerzas luchan diversas fuerzas políticas y sindicales, más o menos radicadas en el proletariado, que van desde las llamadas «izquierdas sindicales» al anarcosindicalismo y al viejo estalinismo, que se caracterizan por reivindicaciones inmediatas radicales y por métodos de lucha más duros y directos de los usados normalmente por los sindicatos tricolores y por los partidos oportunistas; organizaciones o tendencias que, por ejemplo, persiguen objetivos muy limitados y parciales limitados a una lucha de una empresa específica y tendencialmente auto aislante, u objetivos más amplios, de tipo electoral y en cualquier caso de recuperación de las franjas proletarias más radicales para volverle a llevar sobre el terreno del «enfrentamiento democrático» y de la compatibilidad con la economía capitalista, u objetivos más ambiciosos como la transformación de estos organismos inmediatos en verdaderas organizaciones revolucionarias.

De hecho, de la misma manera que el aislamiento juega a favor de la destrucción de las organizaciones espontáneas del proletariado también provoca la perversión de su naturaleza original y su conversión en grupúsculos al uso, como tantos cientos que existen hoy, a través de alianzas o coordinaciones que buscan constituir la organización revolucionaria definitiva. A la hora de afrontar la extensión de su lucha, los proletarios que se organizan por esta vía, suelen encontrar

como únicos referentes a otra organizaciones generalmente de la izquierda sindical (sindicatos libertarios, etc.) y grupos políticos extra parlamentarios que ofrecen una plataforma desde la que amplificar su mensaje. Se llega así a una situación en la que los grupos obreros organizados pasan a convertirse de organizaciones abiertas a cualquier proletario por el simple hecho de serlo en federaciones con un programa político-sindical que tiende a cerrarlas. Básicamente esto se produce porque las coordinaciones de las que se habla, y de las que en España existen unas decenas, marchan siempre a rebufo de los grandes sindicatos colaboracionistas, de los que pretenden constituir, asumiendo los métodos que precisamente les han convertido en lo que son, su izquierda radical siempre susceptible de escorarlos hacia sus posturas. En estas posturas, programáticamente cerradas bajo la forma anarcosindicalista o cualquier otra, ven la redención de la clase proletaria de la que consideran que necesariamente debería pasar por ellas para encontrar alguna perspectiva a su lucha. El fin lógico, es negar precisamente la base de la lucha obrera y acabar conformando una fuerza incapaz de extender siquiera el ejemplo de lucha que pueden haber dado más allá de los límites que lucharon por romper en un primer momento. En ninguna de estas agrupaciones de pequeñas tendencias, esto sí lo podemos afirmar, se encuentra en ningún modo, un paso necesario para que el proletariado se vuelva a situar sobre el terreno de la lucha de clase abierta y sin ambages.

Pese a sus contradicciones y sus límites, para nuestro partido, como hemos dicho, estas agrupaciones proletarias tienen un valor de por sí, que es el de constituir experiencias necesarias para el proletariado. Son necesarias porque aparecen espontáneamente entre los proletarios y no por deseo explícito de ninguna corriente que intervenga en el medio obrero pero no se puede afirmar ni descartar que su peso vaya a ser grande o pequeño en el proceso de reanudación de la lucha de clase. Nos importa de ellas su valor histórico como tendencia natural a romper el dominio de la burguesía entre el proletariado y no su fuerza numérica y es por ello que las defendemos sin duda como ejemplo que extender ente otros proletarios, también entre proletarios sindicados que pueden asumir el fondo cualitativo de su experiencia y desarrollarla en su propio ámbito, enfrentándose, también, a los obstáculos que este le impondrá. Pero defenderlas no se limita a glosar sus logros sino a apoyarlas materialmente

con la fuerza de nuestra intervención política, buscando contribuir a su estabilidad mediante la lucha clara contra las tendencias que, fuera y dentro de ellas, pueden malograrlas. Luchando, dentro de ellas, por su primer y gran valor, que es su propia existencia y su perduración a lo largo del tiempo, pero también participando, siempre a través de la defensa de nuestras posiciones políticas, junto a los proletarios que las componen, en sus éxitos y especialmente en sus fracasos, afirmando que la única vía para que el proletariado reanude la senda del enfrentamiento clasista con la burguesía pasa por que se generalice la lucha organizada y en abierta ruptura con el colaboracionismo y el oportunismo político y sindical, pero, sobre todo, porque este proletariado se reencuentre sobre el terreno de la lucha política, con su partido político, el partido comunista internacional e internacionalista, rompiendo así con todos los límites que la existencia en el mundo burgués impone a su lucha; límites de raza, nación, sector, empresa o sexo, que la burguesía utiliza para fomentar la competencia entre proletarios, que es la base de su dominio de clase, y que las organizaciones proletarias tienen como su primer enemigo.

## Proletarian

Nº 9 (Winter2012-2013):

- The wave of strikes in South Africa demonstrates the need for class organization!
- The «Invariance» of Marxism (1). (General Meeting of the Party, Milan september 1952)
- Massacre of striking miners in South Africa
- The Student Struggles in Québec
- On the Mouvement Etudiant Révolutionnaire (MER). «Revolutionary Student Movement»: Reformist Petty-bourgeois Movement
- Rescue of the Spanish Banking system
- Spain. The strike of the Asturian miners and the metal-workers of Vigo: For the uncompromising defense of the living conditions of the proletariat! For struggle with classist means and methods!
- Spanish Miners Struggle. The «Black March»
- Cuba. Once upon a time, a «Cheerful Carter was passing by»...
- Cease-fire in Gaza: Imperialism Means Only Truces Between Endless Wars.
- No to French Imperialist Military Intervention in Mali!
- (See also in addition our tract «Down with French military intervention in Mali! Down with French imperialism!»)
- France. No to electoral mystifications!

Newspaper - £ 1 , US \$ 1,5 , 1 € , 3 CHF

# Huelga General en Portugal

*El 27 de junio las dos centrales sindicales más importantes de Portugal han convocado una huelga general, que están llamados a secundar tanto los trabajadores del sector público como los del privado, para exigir la dimisión del gobierno de Passos Coelho. Esta es la tercera convocatoria realizada durante los dos años que lleva en el gobierno el actual presidente, perteneciente al Partido*

*Social Demócrata y se suma a las movilizaciones que durante los últimos meses han tenido lugar como consecuencia de la caída en picado de las condiciones de existencia de la clase obrera y de las medidas de austeridad que el gobierno del PSD, continuando la estela seguida a su vez por los anteriores gobiernos, ha impuesto como salida a la llamada crisis de deuda que afecta a la economía nacional.*

Los datos acerca de la situación económica de Portugal son aplastantes. Si en 2009 el Producto Interior Bruto del país caía un 2,9% esta tendencia no se ha revertido a lo largo de los últimos años. En 2013 la previsión es de una caída del 2,3%, aunque con bastante seguridad los resultados finales resulten algo peores. Por su parte los precios recogidos en el IPC no han hecho otra cosa que aumentar a lo largo de los años, contándose ya una subida de un 4 % acumulado en lo que va de año. Estos datos sirven como indicadores para entender las dimensiones reales de la crisis económica que arrasa tanto Portugal como el resto de países del mundo capitalista. La caída del PIB, que mide tanto la utilización de los recursos de la economía como su generación, representa una caída en términos agregados de prácticamente todos los sectores productivos relevantes en la economía, a excepción de la economía sumergida, e implica una retracción de esta producción generada por la imposibilidad de dichos sectores para alcanzar los umbrales mínimos de beneficio que hacen posible la producción de bienes y servicios, es decir, una caída general de la tasa de beneficio provocada por la competencia entre empresas capitalistas, que intentan colocar unos productos cada vez más caros en un mercado incapaz de absorberlos. El ciclo del valor no se realiza, existe por tanto una crisis de sobre producción que se encuentra en el origen, en Portugal y en todo el mundo, de las convulsiones económicas que la burguesía intenta explicar con visiones parciales y coyunturales (crisis «de especulación», de deuda, etc.)

Por su lado, la evolución de los precios continúa la senda abierta por la crisis de sobre producción y multiplica sus efectos. Si en estos años se ha registrado un aumento considerable de los precios de los artículos que componen el IPC esto es debido al intento del capital para mantener los márgenes sobre los bienes producidos. Las consecuencias que esto implica sobre las condiciones de existencia de la clase proletaria son devastadoras: el coste de la vida se eleva a medida que los

salarios bajan y el paro aumenta. Pero la siguiente fase del ciclo de la crisis, que parece haber comenzado, según indican los datos del Instituto Nacional de Estadística portugués sobre la evolución del IPC interanual, pasa por una caída de los precios como consecuencia de la incapacidad del capital para colocar sus productos. Llegado este punto, la retracción de la economía es imparable, el paro aumenta vertiginosamente y los salarios se reducen a mínimos en proporción inmensamente mayor que la caída de los precios.

La crisis no puede ser conjurada mediante ninguna mejora en los controles económicos, nacionales o internacionales, no puede evitarse mediante una mejor gestión de los recursos nacionales. En palabras del **Manifiesto del Partido Comunista**:

*«Las condiciones de producción y de cambio de la burguesía, el régimen burgués de la propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró. Desde hace varias décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de las modernas fuerzas productivas que se rebelan contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de la propiedad, donde residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía. Basta mencionar las crisis comerciales, cuya periódica reiteración supone un peligro cada vez mayor para la existencia de la sociedad burguesa toda. Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de los productos elaborados, aniquilan una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En esas crisis se desata una epidemia social que a cualquiera de las épocas anteriores hubiera parecido absurda e inconcebible: la epidemia de la superproducción. La sociedad se ve retrotraída repentinamente a un estado de barbarie momentánea; se diría que una plaga de hambre o una gran guerra*

*aniquiladora la han dejado esquilmando, sin recursos para subsistir; la industria, el comercio están a punto de perecer. ¿Y todo por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados recursos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar el régimen burgués de la propiedad; son ya demasiado poderosas para servir a este régimen, que embaraza su desarrollo. Y tan pronto como logran vencer este obstáculo, siembran el desorden en la sociedad burguesa, amenazan dar al traste con el régimen burgués de la propiedad. Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado angostas para abarcar la riqueza por ellas engendrada. ¿Cómo se sobrepone a las crisis la burguesía? De dos maneras: destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas y conquistándose nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas.»*

Este es el destino de la economía portuguesa y por tanto del proletariado portugués que, al igual que sucede en todo lugar donde impera el régimen burgués basado en la propiedad privada y el trabajo asalariado, sirve de mano de obra a explotar salvajemente cuando los negocios marchan como es debido y se convierte en un desecho que arrojar al basurero cuando los intereses de la economía nacional, que siempre pasan por la extracción de una plusvalía cada vez mayor, lo requieren. Desde el comienzo de la crisis, las condiciones de existencia del proletariado se han agravado inexorablemente. A día de hoy el paro reconocido por las instituciones gubernamentales es del 16%, considerablemente superior al existente antes de 2008 sobre todo si se tiene en cuenta que este indicador suele ser falsificado sistemáticamente. Pero hay hechos más significativos. Según informan los organismos de asistencia social, una quinta parte del

país subsiste bajo el nivel de la pobreza. Por su parte el gobierno reconoce que 10.000 niños sólo se alimentan con la comida que se da en las escuelas públicas; el metro ha habilitado estaciones para que, a partir de las 10 de la noche los parados sin hogar puedan pernoctar...

Ante esta situación ¿cuál es la salida que ofrece la burguesía portuguesa a un proletariado cada vez más miserable? Las últimas medidas tomadas por el gobierno de Passos Coelho, que le han valido una nueva ayuda del FMI, hablan por sí solas: acabar con 30.000 puestos de trabajo en el sector público (más del 5% de los empleados), aumentar a 66 años la edad mínima para jubilarse, incrementar la jornada laboral en el sector público de 35 a 40 horas semanales y recortar las pensiones. Esto, sumado a las rebajas salariales que se suceden en el sector privado continuamente, al recorte de la indemnización por despido que se aprobó el año pasado o la liquidación de las escasas prestaciones sociales que aún perviven y que a duras penas permiten vivir. La burguesía es plenamente consciente de que su existencia depende de la explotación del proletariado y trabaja continuamente por desarrollar esta todo lo que pueda y por configurar un marco institucional, jurídico y legal que la facilite. Rebaja los salarios para mantener su tasa de beneficio, recorta las prestaciones sociales para desviar los –pocos– recursos que anteriormente podía dedicar a garantizar la subsistencia de la clase trabajadora a favorecer sus maltrechas cuentas. En pocas palabras, la burguesía lucha contra el proletariado, le reduce a condiciones de existencia cada vez más miserables y trata, por todos los medios, de lograr que este acepte cualquier tipo de sacrificio que se le exija.

Pero esto resultaría imposible si no contase con firmes aliados que le permiten mantener su dominio político entre la clase trabajadora. El oportunismo político y sindical, representado por los llamados partidos comunistas y socialistas que han puesto en el centro de su programa la defensa del país y por los sindicatos amarillos que se encargan de subordinar las necesidades de los trabajadores a las exigencias de la empresa y del país, realiza una tarea vital para mantener a los proletarios dentro de los rigurosos límites del respeto al interés nacional y del sacrificio en pos de la buena marcha de la economía. De esta manera, actúan controlando la tensión social que aparece debido a las terribles condiciones que soportan los proletarios a través de una política que refuerce la ilusión de que la salida de esta situa-

ción no pasa por la lucha de clase. Se hacen llamamientos a la confianza en la democracia, al cambio de gobierno, a aceptar los sacrificios a cambio de unas exiguas compensaciones... y llegado el momento en que estas falsas soluciones no bastan para controlar a los proletarios, se les organiza y moviliza en defensa de la economía nacional y de la política nacionalista que debería traer la salida de la crisis, convocando huelgas parciales destinadas al fracaso o huelgas generales limitadas a un día, con preaviso de meses que evita que se produzca ningún daño a los intereses económicos de la burguesía... les arrastra, en una palabra, lejos del terreno de la lucha clase contra clase para colocarles en aquel de la conciliación con sus enemigos y la derrota segura.

Así, la principal central sindical del país, la CGT-P, ha convocado la próxima huelga general bajo la consigna de la defensa de la herencia de la Revolución de los Claveles, es decir, del Estado de la clase burguesa bajo el cual se ha venido llevando a cabo la explotación de la clase trabajadora durante las últimas décadas. Este Estado, que es el aparato mediante el cual la clase burguesa ejerce su dominio e impone las salvajes condiciones de existencia que hoy padece el proletariado, se presenta como una conquista democrática de los trabajadores en la cual habría que confiar y a la cual se debe defender. Pero lo cierto es que es el desarrollo del capitalismo portugués el que ha llevado a la clase obrera a la situación que hoy vive y la democracia ha constituido, en este desarrollo, el puntal necesario para que los proletarios confíen en sus explotadores y sacrifiquen sus intereses de clase a favor de la buena marcha del país. De hecho, en la misma declaración que acompaña a la convocatoria de huelga, este sindicato afirma «*No servirán de nada tantos sacrificios impuestos a los trabajadores*» Léase, si los sa-

crificios sacan a la economía nacional de la crisis, bienvenidos sean, la función del sindicato será entonces imponer la aceptación de estos sacrificios cueste lo que cueste. Y llegan a explicar las condiciones en que esto sucederá: «*Aumentar la producción nacional para crear empleo y disminuir las importaciones; invertir en la industrialización para crear riqueza [...] Liberar a Portugal de la injerencia extranjera que condena al pueblo al atraso y a la miseria*» Lo que significa: intensificar la explotación del proletariado portugués (especialmente del proletariado industrial sobre cuyas espaldas debe recaer el esfuerzo para que el país vuelva a despegar), sacrificar los intereses de clase del proletariado al proyecto nacionalista de la burguesía. Bajo estas consignas, el proletariado está condenado a continuar su largo camino de miseria y desesperación.

Pero la CGT-P no es el único organismo de los que se reclaman obreros que luchan por encauzar la tensión proletaria por el redil de la colaboración entre clases. El ejemplo más llamativo de esta política en los últimos meses quizá sea el del Partido Comunista Portugués, que en el *Avante!* de este mes de junio dedica gran parte de su artículo a la huelga del 27 de junio, afirma que es un paso adelante que el Consejo del TSD, una organización autónoma que reúne a los dirigentes del Partido Social Demócrata con intervención en el área sindical y laboral) haya apoyado implícitamente la huelga justificando los motivos que existen para esta y dando libertad a los trabajadores a los que influyen para seguirla pese a que con ella se pretenda lograr la dimisión del gobierno que forma su propio partido. Es una muestra clara de la invariancia histórica del oportunismo estalinista, que ha buscado siempre vin-

(sigue en pág. 22)



## Huelga General en Portugal

(viene de la pág. 21)

cular a los proletarios, incluso organizativamente, con la burguesía en un frente común en defensa del interés nacional. En este caso se trata de reforzar una política anti gubernamental apoyándose en la misma estructura del partido de gobierno, haciendo confiar a la clase trabajadora que incluso de esta estructura puede venir un cambio beneficioso para ella... siempre y cuando renuncie a toda lucha.

Al proletariado de Portugal se le presenta la misma situación que a sus hermanos de clase de la mayoría de los países capitalistas. Durante décadas ha estado acostumbrado a la colaboración entre clases, ha sacrificado sus intereses sistemáticamente a cambio de la promesa de que el crecimiento económico del país es un objetivo común por el que toda la sociedad –esa sociedad de la que constituye el escalón más bajo– debe luchar. Ahora es la misma burguesía la que ya no puede colaborar más. Y así lo hace sentir, tomando medidas que cortan despiadadamente los vínculos que aparentemente tenían en común. Pero el hábito de colaborar no se rompe tan fácilmente para los proletarios, sobre todo cuando sobre ellos pesa como una losa la fuerza de las organizaciones que preconizan las políticas interclasistas de las que tan necesitada está la burguesía. E incluso cuando, en determinados momentos, estas organizaciones (de las que

CGT-P y PCP son una parte importante, pero podríamos citar muchos más ejemplos, como el Bloco o la UGT) pueden ser desbordadas por la tensión social, como ha sucedido en las grandes manifestaciones del 15 de septiembre o en el mes de marzo pasado, la fuerza del hábito se hace sentir, dirigiendo las movilizaciones hacia políticas más o menos nacionalistas del tipo «Que se joda la Troika», como si en la lucha contra un supuesto enemigo externo hubiese alguna perspectiva positiva para el proletariado (es la burguesía la que domina en Portugal y al margen de que lo haga bajo los dictados del FMI o la UE siempre tendrá como objetivo la explotación del proletariado).

Para vencer, el proletariado debe tomar la lucha en sus propias manos. Y esto pasa por romper con la política de colaboración entre clases que mantiene el oportunismo político y sindical. Asumir los medios y métodos de clase que, en el terreno del enfrentamiento inmediato, económico, con la burguesía, pasan por imponer las necesidades de clase por encima de cualquier requerimiento del bien común nacional, a través de huelgas sin preaviso e indefinidas, de la protección de estas contra los ataques que sufrirán por parte de las fuerzas del orden de la patronal, de la movilización encaminada a dañar los intereses económicos empresariales.

Pero aún este enfrentamiento que el proletariado deberá asumir sobre el te-

rreno inmediato sólo podrá frenar las consecuencias de la explotación capitalista. Para combatir las causas de esta situación, la lucha económica no es suficiente. Siguiendo de nuevo al Manifiesto del Partido Comunista de Marx y Engels, *el proletariado debe constituirse en clase, luego en partido político*, porque únicamente la lucha política contra la burguesía, puede acabar con su dominio de clase y abrir el camino a la desaparición del sistema capitalista. El partido de clase del proletariado ha sido, es y debe ser, el partido comunista, internacional e internacionalista, que defiende en todo momento los intereses últimos y generales de la clase proletaria por encima de cualquier situación particular, que lucha por la aniquilación del régimen burgués mediante la toma revolucionaria del poder y el ejercicio de la dictadura proletaria para lograr la transformación socialista de la sociedad, el paso de la prehistoria de la humanidad, basada en la explotación del hombre por el hombre, a la sociedad de especie donde todo vestigio de miseria y explotación haya desaparecido de una vez y para siempre de la faz de la tierra.

**¡Por la reanudación de la lucha de clase!**

**¡Por la defensa intransigente de los intereses del proletariado y de los medios y métodos de la lucha de clase!**

**¡Por la lucha revolucionaria del proletariado para aniquilar el capitalismo!**

13 de mayo de 2013

## Corrupción, desfalco, nepotismo... son consecuencias del capitalismo y sólo desaparecerán cuando este sea borrado de la faz de la tierra por la lucha de clase del proletariado

Los papeles de Bárcenas, el caso Campeón, el espionaje a cargo de detectives privados de políticos catalanes... los últimos meses parecen haber hecho estallar en España un volcán de corrupción cuya lava no deja nivel del aparato estatal sin impregnar y que tampoco salva a las instituciones patronales o sindicales. Según sea el implicado de uno u otra facción política la prensa habla de escándalo nacional mientras que aquella subsidiaria de los afectados contraataca con casos que golpean a sus adversarios.

Así las cosas, durante los últimos tiempos el escándalo parece ser la manera de gobernar el país y prácticamente no se encuentra ningún estrato de los arriba nombrados que se encuentre libre del

fango de estas «situaciones complicadas». En España está viendo la luz lo que se encontraba bajo los focos desde hace tiempo en todos los estados burgueses y, sobre todo en las democracias occidentales: la corrupción como gestión normal de los intereses particulares.

Al finalizar la época inicial del capitalismo, definida por Marx en el capítulo «La así llamada acumulación originaria» del primer tomo de El Capital, otros teóricos, en este caso verdaderos apologetas del sistema económico que se imponía triunfante en todo el mundo, acuñaron y definieron el principio modélico de «vicios privados, virtudes públicas». Con ello pretendían sintetizar la idea de que el afán de enriquecimiento constituía la base del progreso económico, es decir, del

desarrollo del sistema basado en la propiedad privada y la extorsión de la plusvalía proveniente del trabajo asalariado. Con una honestidad que consonaba perfectamente con su desmedido optimismo, estos padres de la economía quería mostrar que el vicio desmedido por la riqueza, que tanto escandalizaba a los buenos filántropos de los que en la época hablaba el Manifiesto del Partido Comunista por el rastro de miseria y muerte que dejaba tras de sí allí donde llegaba, era no sólo algo inevitable sino completamente necesario para el desarrollo de una nueva época que se presentaba como el triunfo de la razón y del individuo sobre el oscurantismo despótico de la época medieval precedente. Prometían por tanto un mundo nuevo de

prosperidad y felicidad que debería levantarse, sin duda, sobre la base del egoísmo individual.

Esta cínica creencia duró tan poco como la presunta bondad del capitalismo. El sacrificio exigido a la clase proletaria, que pagaba con su vida en las nuevas industrias el precio del progreso, no sólo no se atenuó a lo largo del tiempo, sino que aumentó. Las crisis económicas que cíclicamente golpeaban el mercado y depauperaban aún más sus condiciones de existencia, sólo eran superadas a costa y, por un aumento exponencial de la explotación que los proletarios cargaban sobre sus espaldas. Y con esta miseria creciente, cuya exposición realizó Marx para escarnio de todos los futuros reformadores del capitalismo, se reveló también la realidad del «vicio privado» que, en realidad, condiciona y liquida la supuesta «virtud pública». La corrupción en la sociedad capitalista no es otra cosa que la otra cara de la mercantilización de cualquier actividad humana, de cualquier relación humana, de cualquier actividad de producción y de distribución y, por tanto, de cualquier ideología y actividad del pensamiento. Encuentra su base en el valor de cambio y sobre las leyes del mercado según las cuales, en la división de la sociedad en clases, los miembros de las clases dominantes son objetivamente vehículos y, al mismo tiempo, beneficiarios de la corrupción, es decir, de la degeneración de cualquier tipo de expresión natural de la vida social.

La anarquía económica, la competencia entre capitalistas en busca de un beneficio siempre mayor, se encuentra, entonces, en el origen del capitalismo tanto como en la esencia de la corrupción. Es la misma propiedad privada la que moldea a la vez la apropiación por parte de la burguesía de la plusvalía y la corrupción, que es una versión exacerbada de la competencia entre rivales. En la época, los casos de corrupción en los sistemas por acciones, las componendas político empresariales más llamativas, mostraron con claridad que, sobre todo en épocas de crisis, cuando la lucha entre capitalistas se acentúa hasta el punto de llegar a la guerra imperialista, la corrupción no hace otra cosa que crecer con el capitalismo, porque es una vía más para que los burgueses aseguren la rentabilidad de sus negocios en un entorno cada vez más hostil. Las leyes contra estos pretendidos desmanes no han sido nunca nada más que retórica similar a las declaraciones pacifistas de los coroneles. «Combatir» la corrupción con las mismas leyes que defienden la propiedad privada y la explotación del trabajo asalariado es algo así como combatir el incendio con el lanzallamas.

Hoy, la corrupción generalizada es

uno de los síntomas de la senilidad del sistema capitalista. Las contradicciones que le acompañan desde su nacimiento no sólo no han remitido sino que se han generalizado con su desarrollo. La corrupción, por tanto, no ha seguido un camino diferente. La época del imperialismo, que se caracteriza por el ensamblaje entre capital financiero y capital industrial, presenta un incremento salvaje de la competencia entre capitalistas. La corrupción, acompañada de una súper burocratización de todos los aspectos de la existencia acorde con la frase «quien hace la ley, hace la trampa», resulta ya algo sistemático. Pero son las condiciones naturales de desarrollo del mundo capitalista las que han hecho que esto sea así. No se trata de «malas prácticas» ni de «excesos» sino de una parte más del juego con el cual se desenvuelve la competencia capitalista. La corrupción minimiza riesgos y nada hay más apetecible para un burgués que el negocio rentable sin arriesgar demasiado. Por otro lado, la corrupción también incrementa los riesgos, porque suele volverse en contra del primero en recurrir a ella cuando un segundo puede pagarla más cara. Pero esa es precisamente la dinámica de la rivalidad entre capitalistas y no hay legislación por extendida que esté y fuerte que resulte capaz de erradicar este verdadera ley de la vida del mundo burgués.

Hoy se escucha en todas partes que, en momentos de crisis económica, la corrupción amenaza con destruir el orden social. No puede existir una falacia mayor. El orden social, el orden social capitalista basado en la explotación del proletariado, se mantiene mientras se mantiene el dominio político de la burguesía. Dominio que refrenda y sustenta la extracción de plusvalía a ritmos cada vez mayores para obtener el beneficio imprescindible para que los negocios continúen siendo rentables. Mientras esta extracción pueda realizarse, y para ello vela el Estado burgués, órgano del dominio político de la burguesía, con su cohorte de policía y ejércitos, pero sobre todo con el método democrático de gobierno —una de las expresiones ideológicas y prácticas más rentables de la corrupción burguesa— que liga a los proletarios a la suerte de su enemigo de clase, el orden social está garantizado. Podrán existir conflictos entre distintos elementos de la clase dominante burguesa interesados de una manera u otra en hacer girar a su favor alguna situación determinada para colocarse en una situación ventajosa frente a sus competidores. Existirán también, sin duda, abusos continuados del inmenso aparato burocrático del Estado hacia las clases medias que verán así agravada su situación, ya de por sí complicada en la crisis capitalista que tiende cada vez más a arrojarlas a las

filas del proletariado. Pero serán, siempre y por escandalosos que resulten, conflictos propios del capitalismo que para nada harán tambalearse las bases de su existencia.

Es por ello que la supuesta crisis abierta con los casos de corrupción no es tal. Ciertamente la crisis capitalista que estalló en 2008 ha colocado al conjunto de la burguesía española en una situación sumamente delicada. Su alta exposición a los factores desencadenantes de esta junto con su debilidad en el marco de la competencia internacional han provocado una situación catastrófica para la propia burguesía, que se ve amenazada por una caída drástica de la tasa de beneficio en el país y por la misma amenaza externa de los imperialismos rivales que intentan arrebatarle la parte de esta que le queda. Pero la corrupción generalizada no se añade a esto, sino que parte de este proceso de crisis y competencia para convertirse en un elemento más de profundización en la pésima situación. Es esto de lo que no quieren hablar los partidos y grupos políticos, del PCE a Izquierda Anticapitalista, que critican la corrupción como si fuese algo externo al sistema capitalista y atajable dentro de él mediante una legislación convenientemente adaptada. Porque con estas posiciones, basadas fundamentalmente en el respeto a los parámetros del dominio de clase de la burguesía, buscan defender la continuidad de la explotación capitalista liberada por fin de sus aristas más estri-

(sigue en pág. 24)

## le prolétaire

N° 508

(Juin - Juillet - Août 2013)

- Massacre de manifestants Islamistes en Egypte. La seule voie pour les prolétaires est la lutte indépendante de classe et non la confiance dans l'Armée bourgeoise!
- Démocratie cybersurveillée
- Nature, fonction et tactique du parti révolutionnaire de la classe ouvrière (1)
- Grève générale au Portugal
- Les banlieues prolétariennes de Stockholm explosent
- A propos de la constitution d'un «réseau syndical international»
- Quelle réaction au meurtre de Méric?
- Une nouvelle publication du parti en Espagne: El proletario

Precio: 1 euro / 4,5 FS / £ 1,5 / 60 DA / 10 DH / 500 F CFA - leproletaire@pcint.org

# Corrupción, desfalco, nepotismo...

(viene de pág. 23)

dentes. Pretenden más democracia para paliar las consecuencias del capitalismo al que dicen combatir. Pero más democracia únicamente significa más dominio de la clase burguesa sobre el proletariado, lo que conlleva la perpetuación de la corrupción como más alta expresión de la libertad de mercado. Más democracia supone hacer confiar al proletariado en que la justicia burguesa, creada de hecho para garantizar el aspecto jurídico-formal de la dictadura de clase, es capaz de mejorar

siquiera mínimamente las condiciones de existencia del proletariado; que desde el parlamento burgués, desde los ayuntamientos o desde cualquiera de las instituciones creadas para mantener la paz social, es posible revertir las consecuencias nocivas del mundo capitalista.

Pero para el proletariado todas estas opciones son falsas. La corrupción es congénita al capitalismo y si dificulta aún más la supervivencia en el mundo burgués, esto simplemente significa que es este mundo de explotación y miseria el que debe desaparecer.

**¡La corrupción material, ideológica y espiritual, desaparecerá de la vida social de los hombres sólo mediante la destrucción del dominio burgués sobre la sociedad y el modo de producción capitalista, sobre el cual la clase burguesa ha levantado su dominio!**

**¡Sólo la lucha de clase y revolucionaria del proletariado pondrá fin al dominio y a la explotación capitalista!**

**¡Por la reanudación de la lucha de clase intransigente, con objetivos, medios y métodos clasistas!**

**¡Contra la dictadura de la clase burguesa, dictadura de la clase proletaria!**

**¡Por la formación del Partido Comunista, internacional e internacionalista!**

30 de marzo de 2013

## El programa del partido comunista internacional

**El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):**

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

\* \* \*

**La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:**

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según

planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.